



Victoria Merrigan

*En el
Principio*

**SERIE CORAJE Y TERNURA
LIBRO 1**

En el principio

Serie coraje y ternura, libro 1

Victoria Murrigan

Capítulo 1

13 de abril de 1989.

Estar en un plató de televisión no tiene nada que ver con lo que la gente se imagina.

Lo que la cámara nos muestra, no es más que un escenario, un decorado. Ocupa solo una pequeña parte del plató, y fuera de ese margen, lo único que se ve son las paredes de ladrillo, el suelo de hormigón gris, y vigas de hierro en el techo. Parece una nave industrial, en la que hubieran construido una habitación de modo más bien tosco, y dentro de ella hubieran instalado el decorado. Es frío, soso, feo.

El programa en el que vamos a actuar va dirigido a un público joven, y se centra sobre todo en la música de moda. Supongo que ese será el motivo de que el decorado que nos espera tenga una pared con graffitis y carteles de conciertos y artistas. Han instalado una batería en todo el centro. Y me parece entrever también otros instrumentos, brillando bajo la luz de los focos: un sintetizador y dos guitarras cuidadosamente colocadas en sendos soportes.

Todo parece muy limpio y cuidado. Y no hay público, lo cual es una buena noticia. Todavía no estoy acostumbrada a cantar delante de mucha gente, y nunca hemos actuado en directo. Tener que hacerlo por primera vez delante de las cámaras de televisión habría sido demasiada presión.

Y más aún en un día como hoy. Estoy de los nervios.

Michael en cambio parece a sus anchas. Ahí está, charlando y riendo con un grupo de desconocidos. Entre ellos hay un hombre muy alto, que sobrepasa en más de una cabeza a todas las demás personas. Mira a Michael con cara de estar entre divertido y sorprendido. No debe haber conocido a mucha gente con la locuacidad de nuestro productor.

Me pregunto quién será ese hombre tan alto. ¿Un trabajador más del estudio? ¿Un cámara? ¿O el director del programa?

Es rubio, y eso hace que me llame la atención. Me gustan los rubios. Lástima que tenga la boca grande, le afea mucho. Y tan alto... Con lo bajita que soy, tendría que subirme a una escalera para poder besarle. Debe medir dos metros, por lo menos.

¿Por qué se estará entreteniendo tanto Michael con esta gente? ¿No podríamos empezar ya, por favor?

Intento estirar el cuello para ver si consigo averiguar si los Bad Boys han llegado ya. Pero Michael y su grupo de gente nos bloquean el paso. A mi derecha, solo hay una pared, y a la izquierda veo gran parte del plató, pero parece vacío. Las tres enormes cámaras que están en todo el centro tienen un aspecto siniestro.

Desvío la vista. No quiero verlas. No quiero acordarme de la actuación. Supongo que antes de llegar a eso, nos presentarán al otro grupo, ¿no? Bien, ocupémonos de un problema por vez.

Ha sido muy fuerte lo de los Bad Boys. Muy fuerte de verdad. ¡Óscar Saavedra, chica! De entre todas las personas del mundo...

Me doy un tironcito disimulado de la falda hacia abajo. Este vestido tiene demasiada poca tela como para sentirme cómoda en él. Y no sé de qué está hecho, que parece moverse continuamente y tengo que estar reajustándolo, si no quiero que se me salga un pecho o se me vean las bragas.

Menos mal que no soy la única que está incómoda con el vestuario. Las demás opinan lo mismo. Claro que Michael dice que estamos preciosas. ¿Qué va a decir él, si es hombre? Pero

entre tú y yo, estos vestidos plateados tan ajustados nos hacen parecer sardinas gigantes.

Sí, una se siente ridícula. No, no es agradable.

Suspiro, impaciente.

¡Los Bad Boys, chica! ¡Óscar Saavedra!

No consigo quitármelo de la cabeza. De hecho, estoy en shock desde ayer que Michael nos dio la noticia. No he dormido, y no he sido capaz de probar bocado en toda la mañana.

De todas las casualidades del mundo, tenía que ser Óscar, ¿no? Tenía que tocarme a mí. Y en nuestra primera actuación en la tele. ¡Hala, la primera en toda la frente! ¿Quién me mandaría a mí...?

A ver, cuando nos vinimos a Londres, estuve fantaseando con la posibilidad de encontrarlo por accidente en algún sitio. En un bar, por la calle, en un centro comercial...

Desde luego, soy muy consciente de que Londres es enorme y que encontrarte por casualidad con alguien a quien hace cuatro años que perdiste de vista, es algo poco más o menos que imposible. Mucho más si no quieres ir a su casa, y no sabes a lo que se dedica. Y por eso me olvidé de esa fantasía absurda en seguida, ¿vale? Porque era im-po-si-ble. Además, yo ya tengo mi vida rehecha, y alguna vez hay que pasar página.

Pues mira, chica. Para que veas si algo es imposible o no.

Pero, ¿quién se iba a imaginar que Óscar también tendría un grupo? Y que había grabado un disco. Y que vendría a actuar al mismo programa de televisión que nosotras...

¡Pero si cuando lo conocí era un cerebritito! Un genio de las matemáticas, ya te digo. Y la cosa más tímida de la Creación.

Estoy deseando tenerlo delante, a ver si es él de verdad. Pero vamos, las fotos que estuvimos viendo ayer tarde las chicas y yo, nos dejaron poco margen de duda.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer con mi vida?

—¡Hola, chicas! —Me sobresalta una voz femenina—. Me llamo Jane. Soy ayudante de producción.

La que habla es una mujer que ha aparecido junto a nosotras, vestida de falda y chaqueta. Está tan bien peinada y maquillada, como si ella también fuera a salir delante de la cámara. Nos sonrío agradablemente. Lleva una carpeta en una mano, con un inmenso clip metálico.

—Perdonad que haya tardado un poco —dice, sin alterar su sonrisa—. Estaba ultimando algunas cosas. Vosotras sois las Diamonds, ¿verdad?

—Sí —contesta Paula por todas nosotras.

—¿Acaso no se nota? —añade Candy, de broma, sacudiendo su melena rubia con una risita.

La mujer se ríe también y consulta un papel que trae en su carpeta.

—Según me han dicho, sois Paula...

—Yo —responde la aludida con su calma habitual.

—Diana.

Mi amiga se sobresalta, como hacía en el instituto cuando la llamaban para salir a la pizarra. Asiente rígidamente con la cabeza.

—¿Candy?

—¡Soy yo! —exclama jovialmente la rubia.

—Y Alma.

—Yo —contesto.

Y, ¿dónde se ha ido mi voz, por favor? Porque apenas se ha oído.

¡Qué desastre! Menos mal que la actuación no es en directo, o eso dice Michael. Espero que sea verdad.

La tal Jane asiente, conforme, y nos dice:

—¡Estupendo! Venid conmigo. Me ocuparé de que os sintáis cómodas.

Se vuelve, y se interna en el plató vacío. Nosotras la seguimos.

—¿Cómodas? —dice Paula en voz baja—. ¿Sin salir de este vestido? Lo dudo.

Diana y yo soltamos una risita. Candy nos mira como extrañada.

—No sé qué tenéis en contra de estos vestidos. Nos hacen parecer super sexys.

—Nos hacen parecer que estamos medio en cueros, y no me gusta —contesta Paula, seria y tajante.

—¡Sois unas pudorosas! —exclama Candy con su voz normal—. ¡No estáis hechas para el mundo del espectáculo!

—Y tú sí. Ya lo veo —murmura Paula.

¡Maldita sea! ¡Ya están discutiendo estas dos! Si es que con personas tan distintas no se puede.

—Chicas, por favor, ahora no —intervengo.

Siempre me toca a mí meterme en medio. Pero, ¿qué quieres? Aprecio a Paula, y Candy es mi amiga desde el instituto. Además, Diana no es chica de meterse en conflictos. Prefiere dejar que las otras dos se maten mutuamente a mordiscos, antes que intentar mediar. Es algo superior a sus fuerzas.

—A mí los tacones me están matando —dice, con voz temblorosa.

—Y a mí —dice Paula con expresión sombría. Y de pronto, añade—: ¡Ah, es curioso! Este sitio es más amplio de lo que parecía desde la puerta.

Sí. En verdad, antes solo podíamos ver las cámaras y una esquina del escenario. Pero ahora que estamos dentro, se aprecian mejor las dimensiones del plató. En verdad, no sé por qué no hay público, porque podrían haber sin problemas dos o tres filas de asientos.

Jane camina delante de nosotras, muy erguida. Se dirige sin vacilar a la otra esquina del escenario, a la derecha, donde hay unas mesas cubiertas con manteles blancos de papel, y gran cantidad de tazas, vasos, copas...

—Parece que ha pasado por aquí un catering —dice Diana.

Jane se detiene. Se vuelve.

—Sí. Cuando se preparan actuaciones especiales, como las vuestras, suele venir un catering a dejar un refrigerio —explica—. Podéis tomar lo que queráis. ¡Es gratis!

—¿Nuestra actuación es especial? —dice Paula—. ¿No son todas como la nuestra? Pensé que para vosotros esto sería rutina.

—¿Cómo? ¡De ningún modo! —La mujer se echa a reír—. Para empezar, no se suele grabar a dos grupos a la vez. Se citan de uno en uno. Y además, ¡sois los dos grupos de moda! ¿Puede haber algo más especial que esto?

Diana me mira, mordiéndose los labios. Se le está poniendo la cara verde.

—No sé, Jane —contesto—. Nosotras todavía no somos famosas. Acabamos de sacar nuestro primer single.

Ella sonrío más ampliamente aún.

—¡Ya verás, chica! —Me dice—. Después de la emisión de este programa, verás el subidón que dais en las listas.

—¿Cuándo se emite? —pregunta Paula—. Por vernos y eso...

—Esta noche.

No tengo ningún interés en verme a mí misma en la tele, pero agradezco la información. Pienso pasar la tarde de hoy acurrucada bajo una manta. Estoy pasando un mal rato tremendo.

—¡Oh! —exclama Candy de pronto. Agarra un brazo de Jane, como si estuviera muy

impresionada—. ¡No me digas, tía! ¿Ya están aquí los Bad Boys? ¿En serio? ¡Estoy deseando verlos!

Ya lo sabemos. Lleva repitiéndolo en bucle desde ayer. Dice que piensa decirle a todo el mundo en España que es amiga de un cantante famoso. ¡Como si ella pudiera presumir de haber hablado más de dos palabras con Óscar!

¡Un momento! ¿Los chicos están aquí? ¿Dónde?

¡Oh, Dios mío! El corazón parece que se me quiere salir por la boca.

—Ya llevan aquí un rato —dice Jane—. Ellos también quieren conoceros. ¡Venid!

¡Ay, quiero morirme mucho!

Jane vuelve a ponerse en camino, y nosotras la seguimos. Candy ahora camina delante, con ella, haciendo aspavientos y soltando grititos. Yo casi no puedo escucharla, de lo fuerte que me late el corazón en los oídos. Me sudan las manos. Intento darme tirones de la falda, pero la tela se me escapa continuamente.

Hay un grupo de personas junto a las mesas del catering. En verdad, no sé por qué no los he visto antes. Están reunidos en un corro, y parecen hablar y reír entre sí.

Mis ojos repasan las cabezas. Hay dos chicos negros, dos morenos y dos rubios.

Escaneo a los rubios. Uno de ellos está rellenito, y tiene cara de oveja. Ese debe ser John..

Entonces, el otro es Óscar.

¡Y madre del Señor, sí que es Óscar!

Pero a la vez... ¿Cómo es esto posible?

¿Qué ha sido del muchachito tímido que conocí? ¿Cómo se ha convertido en esta belleza?

¡Míralo, por favor! ¡Con tejanos negros ajustados! ¡Y sin camiseta! Por arriba solo lleva una chaqueta, bastante abierta por cierto, y un collar de cuentas de colores en las clavículas.

¡Ah! ¿Será posible que sea el mío? ¿El que yo le regalé?

Estamos demasiado lejos. Todavía no puedo saberlo.

¡Pero qué cuerpazo, madre mía! Con los pectorales marcados, el vientre liso y firme... Se le marca el paquete también. Un magnífico paquete... Y mira qué cintura y qué caderas tan rectas y masculinas. ¡Y qué pecho! Los ojos se me van arriba una y otra vez. Me van a salir los estrógenos por las orejas. En mi vida pude pensar que Óscar se convertiría en...

Bueno, ¡en esto!

Pero, ¿qué estoy pensando? ¡Ese tío es un innoble! ¡Olvidó su promesa! ¡Se olvidó de mí! ¿Y yo me dedico a babear por él? ¿Qué demonios hay en mi cabeza?

Hormonas, eso es lo que hay. Y me estoy mareando. Debería haber comido algo antes de venir...

Me llevo una mano al pecho. Mi palma tropieza con el corazón de plata que llevo colgado del cuello desde entonces. Está frío al tacto, y se pega a mi mano sudorosa, como para llamarme bien la atención.

¡No puede ser! ¿Lo traigo puesto? ¡Pero qué tonta he sido! ¿Cómo no he caído en la cuenta antes? ¿Por qué no se me ha ocurrido quitármelo antes de venir? ¿Y si él lo reconoce?

¡Qué absurdo! ¿Cómo va a reconocerlo?

¡Oh, seguro que sí! ¡Me lo regaló él! ¡Era de su madre! ¡Es imposible que no lo reconozca!

Ay, otra vez quiero morirme mucho...

—¿Estás bien? —Me dice Diana—. Te estás poniendo pálida.

Sacudo la cabeza.

—Estoy bien.

Quiero acabar con esta pantomima cuanto antes. Acabar para poder irme debajo de una piedra.

Es horrible que tenga que pasarme esto, cuando yo ya me había olvidado de ese chico, y...

¡Espera! ¡Se ha movido! ¡Nos ha visto!

Y ha hecho como entonces. En seguida ha bajado la vista al suelo.

Pero le dura un instante. Levanta la cabeza de nuevo, se inclina un poco a un lado, como para vernos mejor...

Y de pronto, sonrío. La sonrisa más amplia y hermosa del mundo.

Como muy lejos, me parece escuchar a Jane decir:

—¡Chicos! ¡Ya están aquí las Diamonds!

Dice algo más, pero no consigo oírla. En mi mundo, solo existe Óscar Saavedra, y su preciosa sonrisa de reconocimiento, de ilusión, como la que me dirigía entonces...

Casi puedo volver a verle con dieciséis años, con su abrigo y la mochila a la espalda, ante la puerta de la biblioteca, esperándome, y sonriéndome así en cuanto me veía venir.

Las lágrimas me empañan la vista. ¡Óscar se acuerda de mí! ¡No me ha olvidado! ¡Le da alegría verme! ¡No es maravilloso?

Am... No.

Porque ahora que me doy cuenta, me parece que no está mirándome a mí.

No. Decididamente. Es más, ni siquiera me ha visto todavía. Soy la más bajita de todas, y estoy justo detrás de Jane. No ha podido verme.

Esa sonrisa preciosa no es para mí.

Es para Candy.

Capítulo 2

Cuatro años antes, el 20 de enero de 1985...

Termino la última cuenta, y levanto la cabeza del cuaderno, con un suspiro. Estoy cansada. Duermo poco y mal, sobre todo si se tiene en cuenta la cantidad de cosas que llevo por delante. Normalmente, a media mañana me entra un sopor tremendo, por puro agotamiento. Tener que resolver diez derivadas en un rato no ayuda mucho a que se me despeje la cabeza, la verdad.

Miro a Candy. Está sentada a mi lado, y sigue ocupada con su tarea. El largo cabello rubio, ondulado y vaporoso, le cae sobre la mesa y los papeles, pero ella no parece darse cuenta. La dejo terminar en paz y miro alrededor.

La clase está en silencio. Delante de mí hay tres filas de mesas, y todas las cabezas que puedo ver están inclinadas sobre los cuadernos. La profesora también está sentada en su propia mesa, hojeando el libro de texto.

Los rayos del pálido y gélido sol de invierno entran por las ventanas que tengo a mi izquierda. El cielo está muy azul. Pero esta mañana cuando vine a clase, hacía un frío tremendo. No creo que la temperatura haya variado mucho en solo tres horas.

Dentro se está bien, aunque sigo teniendo las puntas de los dedos frías. Meto las manos enteras en las mangas de mi sudadera, para tratar de hacer que entren en calor.

No me puedo creer que otra vez haya sido la primera en terminar los deberes. Con lo cansada que estoy... ¡Y eran derivadas! Que sí, se me dan bien, pero siguen siendo matemáticas.

Soy nula para las matemáticas. No como otro que yo me sé, que saca un diez en todos los exámenes. Claro que a lo mejor hasta yo conseguía sacar diez en matemáticas, si mi padre fuera profesor de esta asignatura en un instituto, como le pasa a Óscar. Así cualquiera, chica. A saber si el padre no le hace los deberes, o algo.

Me vuelvo un poquito a mi izquierda para echarle una ojeada al chico, con disimulo. ¿Habrá terminado su tarea también?

Sí, maldita sea. Y otra vez le he pillado in fraganti observándome. Nuestras miradas se encuentran a través del estrecho pasillo que nos separa. Él parece sobresaltarse un poquito, y en seguida baja la cabeza. El flequillo rubio le cubre los ojos, pero me parece entrever que se dibuja una sonrisita en las comisuras de sus labios.

Por cierto, que tiene una bonita boca de chico, con los labios finos, de aspecto jugoso y suave. Debe ser blandita al tacto. Me pregunto a qué sabrá, y qué se sentirá al morderla.

Siento una oleada de calor en la cara, y bajo la vista a mi propio cuaderno. ¡Morder la boca de Óscar Saavedra, chica! ¿Qué demonios estoy pensando?

Me cae mal ese chico. Soy la número uno de la clase. Siempre lo he sido, desde el parvulario. Y además, por derecho propio, no me avergüenza decirlo. Paso muchas horas estudiando, y me esfuerzo mucho todos los días para poder sacar estas notas. Quiero ir a la Universidad, estudiar Física, y ser una investigadora importante algún día. No quiero pasar el resto de mi vida en mi barrio, ni ser como mi padre cuando sea mayor.

Y hasta este año, todo ha ido muy bien, ¿vale? Alma Fernández era la número uno de la clase, sin más discusión, y todos los compañeros me respetaban y me hacían el cerco, por tener ambiciones, por ser diferente. Y yo los mandaba a la mierda, y me quedaba tan ancha. Allá ellos

con sus vidas. Yo con ocuparme de la mía, ya tenía bastante.

A veces creo que demasiado. Pero bueno, una no puede devolver la vida que le ha tocado en suerte, ¿verdad?

El caso es que yo estaba muy feliz así. Me sentía segura de mí misma, y confiaba en mis fuerzas. Sabía que era capaz de conseguir lo que me propusiera. Nadie podía hacerme sombra en los estudios. Nadie.

Hasta que llegó él.

Desde octubre que empezó el curso, mi mundo se ha dado la vuelta. Óscar Saavedra, el mojigato que no habla con nadie y no tiene amigos, el niño pálido y delgado que habla siempre en voz baja, y parece medio tonto... ¡Saca las mismas notas que yo! ¡Y no solo eso! ¡A veces me supera! ¡En serio! Por más que estudio, en matemáticas y física no soy capaz de sacar más de un nueve y medio. ¡Y Óscar siempre saca un diez redondo!

Menos mal que tiene la decencia de no alardear de ello, y de no venir a restregarme sus décimas de ventaja, porque si lo hiciera, te juro que le arrancarí la cabeza.

Pero a la vez, esa modestia y ese respeto me ponen de los nervios. El chico sabe que sus notas me joden. Lo saben los profesores, lo sabe toda la clase. ¡Demonios! Hasta Candy se ha dado cuenta, y eso que ella siempre está en su mundo y solo piensa en sí misma. Pero dice que se me ve en la cara, que no puedo ocultar mi mala leche cuando ese chico consigue superarme en algo.

A mí me da lo mismo, qué quieres que te diga. Me parece que tengo derecho a mosquearme cuando alguien intenta suplantarme. Me cuesta demasiado ganarme mi puesto de número uno, ¿entiendes? El precio es muy alto. Y no, no voy a regalarle mi lugar a nadie, por muy hijo de maestro que sea.

Ese mojigato lo tiene todo fácil. Y yo lo tengo todo en contra. La sensación de injusticia solo consigue que todavía me den más ganas de ponerlo en su sitio.

Te prometo que el día que Óscar Saavedra suspenda un examen o un trabajo, yo seré una chica feliz. Y sí, me siento un poco culpable por pensar esto. Nunca antes le he deseado ningún mal a nadie. Pero, ¿qué quieres? No puedo evitarlo. Supongo que para todo hay una primera vez.

Le echo otra ojeada al chico. Sigue con la cabeza baja. Parece ocupado con un bolígrafo y su cuaderno.

Podría jurar que no está haciendo cuentas. No por nada, sino porque ha terminado los deberes hace tiempo. Es más, casi me parece que está... ¿Dibujando?

Vaya, lo mismo que hacía yo cuando acababa los deberes y me tocaba esperar a que los demás hubieran terminado a su vez. Lo que hacía yo antes, cuando él no estaba. Ahora ya nada es igual. Y es por culpa suya.

Míralo, qué frágil parece. Tan blanco, tan rubio y tan delgado... Tiene la nariz aguileña, pero no le afea, al contrario. Le da un algo de nobleza a su rostro.

Curioso que parezca frágil, pero a la vez tenga esos hombros y esas manos tan masculinos...

Es un chico raro. A veces lo miro, y me parece delicado, y otras me sorprende a mí misma admirando lo fuerte y lo hombre que es. Se podría decir que es una extraña combinación de ambas cosas. Es indudablemente macho, pero irradia una curiosa ternura. Es una forma diferente de masculinidad, nada que ver con mi padre o con los otros chicos que he conocido hasta ahora.

Ah, y seguro que no es gay. Lo sé de buena tinta, porque lo ha dicho él mismo. Un día estuvimos hablando un grupo de chicas acerca de los hombres. Algunas decían que los prefieren vestidos de traje, y otras todo sudados y llenos de mugre. Había tres chicos en el grupo, entre ellos Óscar. Y cuando les preguntamos su opinión, él dijo:

—No tengo ni idea, la verdad. A mí solo me gustan las chicas.

Y me miró directamente, para luego bajar la vista, como si le hubiera dado mucha vergüenza.

¡Ah! Acaba de levantar la cabeza otra vez, y nuestras miradas se vuelven a encontrar. Ahora soy yo quien mira para otro lado.

¡Qué rabia! No quiero que me sorprenda mirándole. Es un chico. A ver si se le va a ocurrir pensar que él me gusta, o algo.

¡Ni en sueños, chica! ¡Como si no hubiera niños en la clase! Y varios son más guapos que él, aunque no sean rubios. Una lástima, porque yo tengo obsesión con los rubios, pero bueno, qué se le va a hacer.

Mira, está Juan, que tiene unos ojos verdes preciosos. Y Roberto es un castaño lindísimo. Y ahí tenemos a Quique, con una cara normalita, pero un cuerpazo espectacular. Ese chico entrena en el gimnasio, y se le nota. En verano, se le pueden contar los músculos por debajo de la camiseta...

—¿Ya has terminado? —cuchichea una voz a mi lado.

Me vuelvo. Es Candy. Está apartándose el pelo de la cara, resoplando, como la persona que acaba de hacer un esfuerzo tremendo.

—Sí —contesto—. ¿Tú también?

—Sí. ¡Por fin! ¡Te prometo que odio las matemáticas!

—Y yo.

—¡Pues qué poco lo demuestras!

Hago una mueca. Pero prefiero no contestar. Candy debe estar harta de oírme quejarme de Óscar Saavedra.

—Oye, estaba pensando... —dice ella, y de pronto, sus ojos azules se iluminan—. ¿Te apetece que vayamos el sábado al centro? Aunque no compremos nada. Solo por mirar ropa, y probarnos cosas y vernos guapas.

Suspiro.

—Me gustaría, pero no puedo. El sábado es mi día de limpieza.

Candy exclama en susurros:

—¿Otra vez? ¡Hablas como una madre! ¡Limpieza! ¿Por qué no limpia tu padre, a ver?

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea. Pero el caso es que no lo hace. Y alguien tendrá que limpiar, ¿no crees? Porque lo que es chillar, sí que chilla cuando la casa está sucia.

Candy hace un mohín.

—¡Qué injusto! Por lo menos, hará de comer, digo yo.

Niego con la cabeza.

—¿Cocinar? ¿Mi padre? Antes que eso, prefiere morirse de hambre. Nunca en mi vida le he visto cocinar. Cuando yo era pequeña, nos traía la comida una vecina, hasta que empecé a cocinar yo, con diez años.

Candy hace una mueca exagerada de asombro.

—¡Pues entiendo que tu madre se fuera, porque vaya tela!

—A mí también me dan ganas de irme, la verdad. Pero no puedo.

Los ojos de mi amiga vuelven a iluminarse, ahora con ávida curiosidad.

—¿Te has preguntado alguna vez a dónde se fue?

—¿Quién?

—¡Tu madre!

Me encojo de hombros otra vez.

—Sí. Pero a saber...

Candy mira al techo, soñadora, con un índice en la barbilla.

—Yo creo que se fue con un bohemio, un vendedor ambulante, o un hippie —dice.

—No tengo ni idea.

—¡Seguro que se fue con otro hombre!

—A lo mejor, no.

—¿Y no te gustaría saberlo?

—Hombre, me encantaría. Pero no está aquí para preguntarle, ¿verdad?

Ahora mi amiga se me queda mirando tristemente.

—¿La echas de menos? —murmura.

Me sorprende la pregunta. No es algo en lo que suele pensar, la verdad. No tengo tiempo para eso.

—No exactamente —contesto, con toda sinceridad—. Yo era muy pequeña cuando se fue. Solo tenía seis años. Pero me habría gustado que se hubiera quedado. Las cosas habrían sido muy distintas con mi padre si ella estuviera aquí.

—¡Desde luego! —exclama Candy muy segura—. ¡No tendrías que limpiar!

Sí, tal vez. Y tal vez mi padre no pasaría las tardes en el bar, y trabajaría más, y tendríamos más dinero. Y yo no tendría que cuidar de la casa y de él, además de estudiar. Y no sentiría vergüenza ajena cada vez que llego a casa, y me lo encuentro durmiendo la mona en el sofá.

Además, lo tendría más fácil para estudiar. Seguro que si mi madre estuviera en casa, podría sacar mejores notas, porque no estaría siempre cansada.

¿Quién sabe? A lo mejor, hasta conseguía sacar todo diez en matemáticas, sin ser hija de maestro, ni nada...

—¡Pues yo me moriría si mi madre se fuera! —continúa exclamando Candy, haciendo gestos con las manos—. Eso de tener que limpiar y cocinar... ¡Eso es de madres! ¡Nosotras estamos en la edad de salir y entrar, y tener novio!

—No te quejes, que ya has tenido tres. Yo todavía no sé lo que es salir con un chico.

—¡Porque te pasas la vida encerrada en casa! ¡Y cuando estás en clase, te las das de sabihonda! ¡Espantas a todos los chicos!

—Quiero gustarle a un chico por mi inteligencia. No quiero tener que parecer tonta para que se me acerquen los hombres. ¡Sería indigno!

Candy se me queda mirando como perpleja durante un segundo. Parpadea, y pregunta:

—¿Me estás llamando tonta?

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Es que has dicho que no quieres tener que parecer tonta para que se te acerquen los chicos. ¿Qué pasa? ¿Acaso solo se les acercan a las tontas? Porque yo estoy siempre rodeada. Y que yo sepa, no soy...

—Candy, no he dicho nada de eso. No eres tonta. Eres muy lista. Y muy guapa. Por eso se te acercan los chicos. ¿Satisfecha?

Ella parece pensarlo durante un instante más, antes de asentir.

—¡Sí! ¡Así está mejor! —Me señala con un índice—. Tu problema es que vas de sabihonda por la vida, ¿te lo he dicho? Eso intimida a los chicos, les echa para atrás.

—Entonces, nunca tendré novio, qué se le va a hacer.

Candy continúa pensando, con un dedo en la barbilla.

—A menos, que... —dice.

—¿Qué?

—A menos que encuentres a un sabihondo como tú. ¿Quién sabe? A lo mejor, hasta le gustas y todo.

Aprieto los labios con fuerza. Ay, no estará pensando en el único sabihondo de la clase, ¿verdad? Por si acaso, es mejor disipar sospechas.

—A mí no me gustan los chicos sabihondos —murmuro.

Candy se encoje de hombros.

—Entonces, no hay nada que hacer. Te quedarás para vestir santo. Estás advertida.

Suspiro. Espero que dé por acabada la conversación.

Ya tengo bastante con que la clase me haya perdido el respeto desde que está aquí Óscar. Antes me admiraban. Ahora se ríen de mí cada vez que él saca más nota que yo.

No puedo ni imaginar lo que sería de mí si se corriera la voz de que a la sabihonda le gusta el listillo. No habría grieta en el mundo lo bastante profunda para poder esconderme en ella, por pura vergüenza.

Además, a mí no me gusta Óscar, ¿qué demonios? No me gusta nada. Ni un poquito. Nada de nada.

Candy continúa hablando, de sí misma y de lo popular que es con los chicos, y de que está segura de que hay uno del equipo de baloncesto que está deseando pedirle salir, pero que ella piensa hacerse la dura, porque a los hombres no hay que darles en seguida lo que quieren, que se acostumbran, y bla, bla, bla.

Le he oído esta charla decenas de veces. Empieza a cansar, la verdad. Pero ella no parece darse cuenta, y a mí me da pena decírselo. Así que lo que hago es desconectar, y mirar al resto de la gente.

No sé por qué, miro atrás, a la mesa que está detrás de la silla de Candy. Diana también parece haber terminado ya, porque tiene la cabeza levantada, y nos está mirando.

Sonríe un poquito, comprensivamente, y antes de darme cuenta, le estoy sonriendo yo también.

No hablo mucho con Diana. Es una chica callada y prudente, no tiene nada que ver con Candy. Y suele ir a su bola. Pero me cae bien. Algo me dice que sabe más de lo que parece, y que oye más cosas de las que yo creo.

Y también tengo la sospecha de que en mis conversaciones con Candy, Diana se pone de mi parte, aunque nunca diga nada. No sé por qué lo siento así, pero es una sensación agradable.

Tal vez debería intentar ser más amiga de Diana. Aunque lo veo difícil, porque es una apasionada del deporte, y yo en gimnasia soy más nula aún que en matemáticas.

Y eso no es algo que se compense estudiando.

Capítulo 3

Al día siguiente...

La clase de música es una de mis favoritas. Me sorprendió mucho enterarme de que impartían música en ciencias puras en este instituto. Para mí esta hora es como un inmenso respiro.

Las ciencias se me dan bien, pero no me gustan. Me sentiría mucho más cómodo en letras, estudiando algo que tenga que ver con el arte. Pero cualquiera se lo dice a mi padre. Es capaz de matarme de una paliza. Consideraría un insulto que su hijo no estudie la carrera de matemáticas, como hizo él.

La profesora de música no sabe mucho que digamos, pero a mí no me importa. No soy exigente. Se llama Noelia, y es una mujer joven, pero seria y de aspecto severo.

—Muy bien —está diciendo—. Voy a anunciar los grupos. He dividido la clase en parejas, así que tomad nota de quién será vuestro compañero.

Se trata de un trabajo que hay que hacer para entregarlo antes del veinte de febrero, según dice. Ha explicado que tenemos que estudiar la biografía del compositor clásico que nos toque, y hacer un análisis de al menos, una de sus obras principales.

Espero que me toque uno facilito. Mi padre tiene una enciclopedia de música. Vaya usted a saber dónde y cuándo la consiguió, porque él no es muy melómano que digamos. A lo mejor, me sirve para hacer mi parte del trabajo.

Noelia está diciendo nombres, leyéndolos de una lista que tiene en la mano. La gente reacciona con alegría o decepción cuando se entera de quién le ha tocado de pareja. Me pregunto con quién me colocará a mí. Algo me dice que el que sea no va a dar saltos de ilusión, precisamente.

No pasa nada, ya lo tengo asumido. Siempre ha sido así. Mi padre tiene la costumbre de presentarse en mi clase, sea cual sea, desde el parvulario, diciendo que es profesor de matemáticas y dándoselas de importante. Así que desde el primer día, me pone a los compañeros en contra. ¿Quién va a querer ser amigo del hijo de un profesor? Yo no querría, desde luego.

—Trabajo sobre Johann Sebastian Bach —continúa enumerando Noelia—. Alumnos: Alma Fernández y Óscar Saavedra.

Doy un respingo. ¿Qué? ¿Alma? ¿Con Alma Fernández?

Me vuelvo hacia la chica. No parece contenta, no.

—¡Oh, por favor! —exclama—. ¿Con él? ¿En serio? ¿Qué clase de broma es esta?

—¡Señorita, eso es hacer trampa! —dice una de las niñas, Rocío, con voz aguda—. ¡Los dos cerebritos juntos, qué injusto! ¡Seguro que harán el mejor trabajo de la clase!

—¿Qué dices? ¡Si es genial! —responde César.

Es uno de los matones de la clase. Se sienta siempre detrás del todo, con su grupito de macarras.

—¡Ya era hora de que alguien emparejara a los dos cerebritos! ¿Eh, chicos? —añade.

Hace un gesto con los dedos, uniendo los dos índices en el aire. Hay algunos “¡Ooohh!” por parte de sus colegas. Uno de ellos dice:

—¡César! ¿Te imaginas la clase de hijo que podrían tener esos dos?

—¡No, por favor! ¡Acabo de desayunar! ¡Me están dando náuseas! —responde César, llevándose dramáticamente las manos a la barriga.

Hay un coro de risas. Yo siento calor en la cara solo de pensar en lo que tendría que pasar entre Alma y yo para que llegáramos a tener un hijo.

—¡A callar, bocazas! —exclama ella, girándose en redondo para hablarle a César. Tiene la cara roja, y parece furiosa—. ¡Solo sabéis decir tonterías!

—¿A qué viene ese mosqueo? —dice César, para nada intimidado. Y añade, burlón—: ¡A la listilla le gusta el hijo del maestro!

Hay más risas, ahora más fuertes, y exclamaciones de broma. Alma se pone vivamente en pie.

—¡Pero qué...! ¡Pide perdón! ¡Pide perdón ahora mismo!

César se burla más y mejor, señalando a la chica con un dedo.

—¡Mirad qué colorada está! ¡A lo mejor le gusta de verdad!

¡Cielos, Óscar! ¿Te imaginas?

No, qué tontería. Se ve a la legua que Alma está roja de ira, no por otro motivo. Si hasta se le está poniendo de punta el largo cabello rizado. Está tan tensa, que parece que de un momento a otro van a empezar a saltar chispas a su alrededor.

—¡Si pudiera, te asaría vivo a fuego lento! —murmura entre dientes, mirando a César.

Pero la amenaza se pierde entre las risas y bromas de la clase. Creo que solo yo he llegado a oírla.

De pronto, nos sobresalta a todos un golpe fuerte y una exclamación.

—¡Silencio!

Me vuelvo hacia la voz. Noelia ha golpeado su mesa con la gran regla de madera que usa para señalar cosas en la pizarra. La esgrime ahora con aire amenazador, mientras le dice a la clase:

—¿Qué especie de circo es este? ¡Ni cerebritos, ni listillos, ni nada! ¡No me gustan esa clase de bromas! Aquí quien quiera aprobar, tiene que trabajar igual que los demás. Si alguien saca buenas notas, será porque ha trabajado. Y como volváis a interrumpirme, os pondré un examen sorpresa. ¿Está claro?

La gente está muda todavía por la impresión que les ha dado el reglazo sobre la mesa. Nadie dice nada.

Miro a Alma. Se ha vuelto a sentar, y tiene la cabeza baja. Noelia continúa leyendo su listado, en medio de un silencio de fin del mundo. Pero desde aquí puedo oír a Candy cuchichearle a su amiga:

—Desde luego... Si es que tienes mala suerte, chica. Ya podría haberte tocado con un chico guapo, digo yo, y no con ese tan rarito. Anda que...

—Claro, como a ti te ha tocado con Diana... —murmura Alma.

Y de pronto, me mira. Todavía tiene dos parches rojos en las mejillas, y los ojos muy brillantes, como si estuviera deseando echarse a llorar. Pero su expresión es de rabia y resentimiento.

Bajo la vista a mi cuaderno. ¿Lo ves? Me odia. Y ni siquiera sé por qué.

¿Cómo voy a decirle que estoy enamorado de ella?

Alma es una chica bajita y poquita cosa, de aspecto delicado. Tiene una larga melena castaña y rizada, muy frondosa, y pecas en las mejillas. A mí me parece un hada, una preciosa muñequita.

Claro que también tiene su carácter. Es decidida y pasional. Protesta con las injusticias, y no teme a los maestros. Para mí es perfecta.

Me encantaría poder hacerme amigo suyo, aunque solo fuera eso. Pero no se me ocurre cómo acercarme. Ella siempre está con su amiga, la descerebrada de Candy. No sé cómo pueden llevarse bien, si son la noche y el día. Pero sea como fuere, no se separan nunca.

¿Cómo me meto ahí en medio, eh? ¿De qué podría hablar con ellas dos? Por lo que puedo oír desde mi asiento, Candy solo sabe hablar de chicos. Y ya me dirás tú...

Sí, las espío. A ratos. Me aburro mucho en clase. Mi padre me obliga a estudiar en verano el temario del curso siguiente. No quiere que le deje en mal lugar con sus compañeros. Durante el curso, me toca estudiarlo todo otra vez, pero ya no es tan difícil.

Además, Alma es tan bonita... Podría pasarme los días enteros mirándola sin cansarme. Me encanta la carita que pone cuando está concentrada en algo, con los labios fruncidos de modo adorable. ¿Y esas manitas que tiene? Son pequeñas y femeninas. Lo que daría por poder meterlas entre las mías. La pobre siempre parece tenerlas frías. Yo les daría calor. Si pudiéramos estudiar juntos, me aseguraría de que mi niña no volviera a tener los dedos fríos nunca más.

A lo mejor el trabajo de música me ayuda con esto...

Lo veo difícil. Alma está totalmente fuera de mi alcance.

—Óscar.

Me sobresalto. Ya estamos recogiendo para salir. Estoy de pie, metiendo cosas en mi mochila, y me han hablado desde atrás.

El corazón se me ha puesto a mil, y no ha sido por el susto. Es que es la voz de Alma.

Me vuelvo. Sí, es ella. Está de pie a mi espalda, retorciéndose las manos y mirando a todos lados. Todavía está sonrojada, pero ahora no parece enfadada.

—¿Sí? —contesto.

Espero que no se me note que me he puesto histérico. ¡Qué vergüenza!

—Quería preguntarte a ver cuándo podemos quedar para lo del trabajo —explica ella. No me mira a la cara—. Ya sé que tenemos un mes para hacerlo, pero cuanto antes empecemos, mejor, ¿no te parece?

—Sí. Yo iba a decirte lo mismo.

Hay un silencio. No sé qué decir. Es la primera vez que la tengo tan cerca, y puedo oler su perfume. Huele a flores. Desde esta distancia, puedo ver que tiene las pestañas muy largas y espesas, y que cuando mira abajo, casi parecen acariciar sus pequitas.

Ojalá pudiera besar esas pestañas y esas pecas... Lo haría despacito y con cuidado, apenas rozarlas. Con reverencia. Como se merece una diosa.

Ella carraspea.

—Ah... Bueno, pues... ¿Cuándo quedamos?

¡Oh, verdad! ¡Qué tonto! Me he dedicado a admirarla, y he olvidado la conversación. ¡Y se trata de quedar, chico! ¡Quedar con Alma! No es una cita de enamorados, pero sí es una de estudio. Es algo, ¿verdad?

—Por mí, si tú quieres, esta tarde —contesto, sin pensar mucho.

Ella parpadea, y me mira como sorprendida. Tiene los ojos marrones, como los míos, pero más grandes y expresivos.

—¿Sí? —dice—. ¿Tan pronto?

—¿Te viene mal?

—No, no. Me viene bien. ¿A qué hora?

—¿A qué hora puedes tú?

—A las cinco. A ver si terminamos temprano, que quiero... —Se interrumpe. Aprieta los labios un momento, antes de concluir—: Tengo cosas que hacer.

—Entiendo. Yo también. A las cinco me parece bien.

—De acuerdo. ¿Y dónde quedamos?

—¡Oh, por mí en tu casa, si quieres!

—¡No, no! ¡Mejor en la tuya!

—No puede ser. Hoy tengo... —Improviso a toda prisa lo primero que se me ocurre—. Estamos de pintura, ¡qué mala suerte! Están allí los pintores, y todo por medio... No hay ningún sitio donde podamos sentarnos. Y sería una lástima si te mancharas, o algo...

—¿En serio? ¡Qué casualidad! ¡Nosotros también estamos de pintura!

—¡No me digas!

—¡Sí, sí! Todo por medio, lo que tú dices. —Hace un gesto con la mano. Como la tiene metida dentro de la manga de la sudadera, el puño de la manga ondea en el aire—. ¡Un desastre! Tú también podrías mancharte, sí. ¡Sería horrible!

Se me escapa una sonrisita. No sé por qué, tengo la impresión de que somos malísimos mentirosos los dos. Pero no lo discuto. Me hace gracia.

También me llama la atención que no quiera quedar en su casa. ¿No sería más cómodo para ella? Yo tengo muy claro por qué no puede ser en la mía. Me da vergüenza que esta princesa vea el trato que me da mi padre de puertas para adentro. Pero... ¿Y ella?

Ah, debe ser porque soy un chico. A lo mejor sus padres podrían pensar cosas raras. Será por eso.

—¿Te parece que quedemos en la biblioteca? —pregunto.

La carita de ella, seria, incómoda y preocupada, se ilumina de repente con una expresión de alivio.

—¡Ah, sí! ¡Es estupendo! Está bien, nos vemos allí esta tarde a las cinco. ¡Adiós!

Y sin más, se vuelve, recoge su mochila, y se va. Ahora que me doy cuenta, Candy está esperándola junto a la puerta. Alma se reúne con ella y las dos salen...

Pero en el momento de cruzar el umbral, ella se vuelve, me mira. Titubea un instante, como si no supiera qué hacer. Y al fin me saluda con una manga, y me regala una sonrisita pequeña y tímida.

Desaparece al otro lado de la puerta, y yo me permito soltar un suspiro.

Bueno, pues ya tengo mi primera cita. No ha sido tan difícil, ¿no?

Capítulo 4

Cuando llego a la puerta de la biblioteca, Óscar ya está allí, esperándome. Trae una ropa distinta a la que le vi esta mañana: unos tejanos nuevos y un suéter de color claro, con un abrigo de paño. Le brilla el pelo, como recién cepillado, y cuando me reúno con él me llega el aroma a colonia de niño.

¿A dónde irá, vestido de domingo? Debe tener algo importante que hacer después. A lo mejor su papá le paga clases particulares o algo.

¡Qué rabia me da este niño rico, de verdad!

Él sonrío ampliamente en cuanto me ve. Parece muy contento.

Tiene una sonrisa preciosa. Lástima que sea tan tímido, y no la use a menudo.

—¡Hola! —exclama.

—Hola —gruño, metiéndome de prisa en la biblioteca.

Hace frío fuera. Y no quiero que nadie me vea aquí de pie hablando con un chico. Podrían pensar que es mi novio, y no por favor.

Óscar me sigue, sin borrar su sonrisa.

—¿Te ha dado tiempo de merendar? —pregunta jovialmente.

—No.

—A mí tampoco. El próximo día podríamos quedar algo más tarde. O ir a merendar a algún sitio antes de venir, como prefieras.

¡Ni loca, chico! Si muchas veces tengo que ir a la iglesia para pedir comida, ¿cómo me voy a ir contigo a merendar? Además, la gente me vería, ya te digo. No, y no.

—Bueno... A lo mejor no hace falta que quedemos más veces —contesto.

Me quedo en el recibidor de la biblioteca, justo detrás de la gran puerta doble de cristal que da acceso a la sala de estudio. Aquí podremos hablar sin molestar a nadie. Me parece que este listillo se piensa que voy a estar quedando con él cada dos por tres, y lo siento, pero no. Tengo otros planes.

Él se ríe.

—¡Venga ya! ¡Por supuesto que tendremos que quedar más veces! No nos va a dar tiempo de hacer todo el trabajo en una sola tarde.

—Es que no hace falta que lo hagamos juntos.

La sonrisa se borra de su cara.

—¿Cómo que no? Noelia ha dicho...

—Noelia dijo que era un trabajo en equipo. Y según lo veo yo, este equipo no necesita reunirse más veces.

Óscar me mira con grandes ojos.

—Me temo que no comprendo —murmura, con boca pequeña.

Suspiro. ¡Y pensar que le consideran un cerebritito...!

—Es muy fácil —explico—. El trabajo consta de dos partes, ¿no? Buscar la biografía de Bach y hacer un análisis de una de sus obras. Pues hoy nos repartimos la tarea. Cada uno de nosotros hará una de las partes. El día que haya que entregarlo, unimos en clase todos los folios, y listo.

Ahora él frunce ligeramente el ceño, inclinando la cabeza a un lado, como en duda.

—No sé... Quedará muy cutre, Alma. Se notará que lo hemos hecho por separado.

—¿Y qué?

—Noelia dijo que era “en equipo”.

—¿Qué problema hay?

—Pues que si se nota que cada uno ha hecho una parte, no hemos trabajado en equipo, que era lo que ella pretendía. ¿No te has dado cuenta? A Noelia en realidad, le importa un pimiento la biografía de Bach y de todos los demás, ¿crees que no se las sabe? Lo que pretende enseñarnos de verdad, es a trabajar en equipo. Y si descubre que tú y yo hemos hecho trampa y no hemos aprendido eso, es muy capaz de bajarnos la nota. No solo la del trabajo, sino la de todo el trimestre. Y nos pondrá más trabajos en equipo, hasta que aprendamos lo que ella quiere. Honestamente, creo que no sirve de nada tratar de cogerle las vueltas. A un compañero, podríamos engañarle. Pero ella es maestra. Sabe más que nosotros.

¡Hala! Acaba de dejarme sin palabras.

¡Pues sí que sabe, sí! ¿Y yo acabo de tomarlo por tontito? ¡Vaya si engaña, el chico!

Durante unos instantes, me quedo mirándole con cara de pez, porque realmente no se me ocurre qué decir. Él parece inseguro. Se remueve, y baja la vista al suelo, como si de pronto no supiera dónde mirar.

—No... ¿No estás de acuerdo? —balbucea.

Ahora que me doy cuenta, creo que tengo la boca abierta. La cierro con un gesto brusco, y contesto:

—Sí. Es verdad.

Aprieto mi carpeta contra mi pecho con las dos manos y miro al suelo yo también. Es de losetas grises, muy brillantes y relucientes.

No tengo ni idea de qué hacer o decir ahora. Todo mi plan se ha ido a paseo.

—¿Qué propones tú? —pregunto, vencida.

¡Y yo que quería quedar con él solo hoy, y ya nunca más...! Está visto que no me libro, no. Cuanto antes lo acepte, mejor para mí.

¡Qué rabia! ¡Ya podría haberme tocado con Candy! Con lo despistada que es, seguro que acabaría haciendo el trabajo entero yo sola. Pero mira, casi lo preferiría así. Me gusta ir a mi bola. Que yo recuerde, nunca he trabajado antes en equipo, no de verdad. Y eso de saber que la mitad de mi nota está en manos de otro, me hace sentir insegura.

—Bueno, tengo algunas ideas —dice Óscar suavemente.

Hace un movimiento, y levanto la vista. Ha agarrado el pomo de la puerta de cristal con una mano, y me mira tímidamente, añadiendo:

—¿Nos sentamos, y hablamos más tranquilos?

—¿No molestaremos al resto de la gente con la charla?

Se asoma al interior de la sala para echar una ojeada, y dice:

—Si nos sentamos al fondo y hablamos en voz baja, no molestaremos a nadie. —Abre la puerta, y me cede el paso—. ¿Vamos?

Entro a desgana, protestando:

—No estaremos mucho rato, ¿verdad? Tengo que practicar derivadas.

Apenas lo he dicho, me llevo una mano a la boca. Pero, ¿estoy idiota, o qué me pasa? ¿Cómo he podido decirle eso precisamente al chico que me gana siempre en matemáticas? ¡Nunca muestres ni un poquito de debilidad a tus rivales, chica! ¡La usarán en contra tuya!

Óscar ya iba caminando delante de mí hacia las mesas del fondo. Al oírme, se vuelve con otra sonrisa de esas que iluminan toda la habitación, y contesta en susurros:

—¿En serio? ¡Yo también! ¡Será estupendo practicar juntos!

Y continúa andando alegremente, como si tal cosa.

Me quedo mirando su nuca rubia y sus hombros rectos. Ahora que camina erguido, me doy cuenta de que es un poco más alto que yo, y que parece más hombre desde atrás, como más mayor.

Suspiro, y me llega otra vez una ráfaga de su colonia, fresca y con ecos de infancia.

Oscar Saavedra...

Eres un maldito enigma y una contradicción. Me gustas, y a la vez, me caes peor que nadie en el mundo. Lo único que quiero es volver a estar como antes de que tú estuvieras en mi clase. Pero la mala suerte me persigue, y tú pareces empeñado en no separarte de mí.

¿Qué tiene una que hacer para perderte de vista, por favor?

La tarde siguiente...

A Alma le ha gustado la idea de usar la enciclopedia de mi padre. También le ha gustado el libro en sí, porque trae un análisis muy exhaustivo de “Tocata y fuga”, y dice que si lo resumimos, ya tendremos hecha la segunda parte del trabajo.

Ayer me costó un poco, pero conseguí que hiciera algunas derivadas conmigo. No parece interesada en hablar de otras asignaturas, ni de cosas que no sean el trabajo de música. Y mira que me esfuerzo, ¿eh?

No sé qué hay en mí que le cae tan mal. Ojalá estuviera aquí mi madre para poder preguntarle. Ella también fue una chica antes de tenerme a mí. Pero no está, así que...

—He traído algunas derivadas, por si quieres practicar conmigo cuando acabemos con el trabajo. Como hicimos ayer —explico, sacando mi cuaderno de la mochila, mientras ella hojea ávidamente el libro de Bach.

—No sé... —dice, con un mohín.

—Eh, yo también tengo que dominarlas, como tú dices. —Trato de bromear, con una risita.

—Pero tú ya las dominas...

—¡No tan bien como tú!

Empiezo a pasar páginas de mi cuaderno, buscando la hoja donde anoté la lista de derivadas. Las he sacado de otro de los libros de mi padre. Suerte que él nunca me regaña por tocar sus libros, al contrario. Cuando le digo que tiene la biblioteca mejor surtida que he visto nunca, relaja el gesto, y casi parece contento. Esa frase es mágica, porque consigue que me deje usar todos los libros que quiera. Le hará sentir especial, o algo...

¡Ah, maldita sea! ¡He pasado un par de dibujos! ¡Qué manía tengo con dibujar en todos los cuadernos! ¡Verás tú cualquier día! Como un profesor pida el cuaderno de su asignatura, se me va a caer el pelo. ¡Qué vergüenza! Espero que Alma no se haya dado cuenta.

¡Demonios! ¡Se me ha atascado una hoja! ¡Y con un dibujo a página completa en ella! Me estoy poniendo nervioso. ¡Condenado cuaderno traidor...!

Mis dedos pelean inútilmente contra las páginas. Están temblando, así que no consiguen pasar ni una. La hoja sigue atascada. Lo mejor que puedo hacer es cerrarlo, y...

Una de las mangas de Alma aparece encima del cuaderno. Sobresalen tres de sus deditos, y se posan con cuidado sobre la hoja rebelde.

¡Quiero que me trague la tierra! ¡Ha visto el dibujo!

—Es bonito... —dice suavemente en voz baja—. No sabía que dibujaras tan bien.

Me encojo de hombros. No sé qué decir. No me puedo creer que le haya gustado de verdad.

—¿Tienes más? —pregunta—. ¿Puedo verlos?

Me he quedado sin voz, así que me limito a darle un empujoncito al cuaderno malvado en su dirección.

¿Cuándo va a tragarme la tierra? Que se dé prisa, porque me estoy muriendo de vergüenza.

Nadie ha visto nunca mis dibujos. Nadie. Y no es porque la temática sea fea. Solo dibujo duendes, gnomos, magos... Alguna nave espacial de vez en cuando... En fin, lo que se me ocurre.

Pero nunca he tenido un profesor de dibujo, ni he podido aprender técnicas ni nada. Así que lo único que me salen son garabatos. Al menos, eso es lo que me parecen a mí...

Con el rabillo del ojo, veo a Alma pasar algunas páginas, tomándolas delicadamente por una esquinita, con mucho cuidado, como si tuviera delante un códice de la Edad Media. A ver qué me va a decir. Me muero de nervios.

—¡Qué cuaderno tan curioso! —murmura para sí—. Matemáticas mezcladas con dibujos. ¡Qué original! Jamás se me habría ocurrido.

Ya. Supongo que soy raro. Mi padre lo dice a menudo, que no sabe de dónde he salido, porque no me parezco a él en nada...

Me sudan las manos. ¿Cuánto tiempo más va a tardar Alma en criticarme?

—Son bonitos... —repite ella, pasando más hojas—. Muy bonitos... ¿Dónde has aprendido a dibujar así?

—Ah... Yo solo —murmuro—. A base de práctica, ya sabes.

—¿En serio? —Se asombra ella—. ¿Nadie te ha enseñado?

—No. Empecé copiando de cuentos y demás, y... Bueno.

Hago un gesto con las manos, señalando el cuaderno. Alma parece maravillada.

—¡Oh! —exclama—. Pues si sigues así, serás un ilustrador estupendo. Mira, mira esta bruja... La nariz ganchuda, las manos... ¡Casi le falta hablar!

Se me escapa una risita nerviosa. Me siento flotando en una nube. ¡A Alma le gusta cómo dibujo! ¡No me ha llamado “raro” ni nada por el estilo! ¡Es estupendo!

—¿Y ahora ya no copias de ninguna parte? —continúa ella, interesada—. ¿Todo esto sale de tu propia cabeza?

—Sí.

—¡Es genial! —Ella sigue pasando hojas. Ya casi ha llegado al último dibujo. Se ríe suavemente—. Esta cara se ve rara. No está proporcionada del todo. Mira.

Agarra un bolígrafo y, con los deditos asomando apenas por el borde de su manga, traza un óvalo junto a la cara de mi personaje, explicando:

—Como sabes, el cuerpo humano tiene sus proporciones. Si empiezas dibujando el óvalo de la cabeza, y lo divides en tres partes iguales, ya tienes casi todo el trabajo hecho. En esta línea irían los ojos, aquí la nariz, y aquí la boca. Para hacer que el muñeco mire abajo, curvas las líneas así.

Traza otro óvalo, le dibuja tres líneas, y bosqueja una cara con cuatro trazos.

—Y para que mire arriba, así...

Repite el proceso en otro redondel.

Ahora soy yo quien está maravillado.

—¡No puedo creerlo! —balbuceo—. ¿Tú también dibujas?

Ella hace una mueca.

—Yo no. No se me da bien. Pero mi padre estudió Bellas Artes, y pinta cuadros. Llevo toda mi vida a su lado, viéndole trabajar. Así que algo se me habrá pegado, ¿no?

—¿Tu padre es artista?

—Sí. Aunque no se lo toma muy en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que... Siempre dice que nadie valora su trabajo como debe ser. Se pasa la vida quejándose, y acaba entregando los encargos con retraso. —Vuelve la vista—. Le cuesta mucho

sentarse a pintar. Prefiere pasar el rato en el bar.

—Oh...

Ella trata de sonreír.

—Él dice que es un bohemio, como los artistas parisinos. Pero la bohemia no nos paga, los clientes sí. No se puede ser tan irresponsable. Sobre todo, si tienes familia.

Asiento, muy seguro.

—Estoy de acuerdo. Si te digo la verdad, se ha idolatrado el tema de la bohemia. No se es más artista por llevar una mala vida, al contrario. Ser artista es un privilegio, en mi opinión, porque no todo el mundo puede hacerlo. Creo que el que tiene este don, debería poner de su parte, cultivarlo, atesorarlo, y usarlo todo lo que pueda.

Saco una sonrisita de excusa, antes de concluir:

—Por eso no paro de dibujar.

Alma se me queda mirando con la expresión de sincera y abierta admiración más bonita que he visto nunca. Le brillan los ojos, y tiene las mejillas color de rosa. Parece que está viendo al príncipe azul de sus sueños.

Óscar, tío, ¿te imaginas? ¿Te imaginas poder llegar a gustarle?

Capítulo 5

Una semana más tarde...

—¡Qué frío hace hoy! ¡Casi no puedo sujetar el bolígrafo! —exclamo, dejándolo sobre la mesa.

Meto las manos dentro de las mangas de la sudadera, y las uno delante de mi rostro para intentar darles algo de calor.

Estamos otra vez en la sala de estudio, ante el libro de Bach. Óscar se lo trae todos los días en una mochila. Estamos sacando un resumen de él aceptablemente bueno. Aunque nos cuesta ponernos de acuerdo, porque yo hago los resúmenes en forma de esquema y Óscar quiere que lo pongamos en palabras para que ocupe más. Además de que quedará más bonito si está redactado, añade. Y tiene razón. Pero esto se me está haciendo eterno.

Y no solo por el frío que hace aquí. Que por cierto, ya hemos pedido dos veces que suban la calefacción. Pero el techo es demasiado alto, y el calor, si es que la calefacción funciona de verdad, se debe ir todo arriba, porque nosotros no notamos nada...

Pero aparte de eso, es por el hecho de tener que estar con él.

A ver, ya estoy acostumbrada a que venga todas las tardes vestido con ropa de domingo y oliendo bien. Me hace sentir pobre e inculta, pero bueno.

También me estoy acostumbrando a eso de hacer los deberes cuando acabamos la sesión de música. Ya no solo repasamos matemáticas. Ayer se trajo también los deberes de biología. Y hoy ha anunciado que sería buena idea que repasáramos juntos el vocabulario de inglés, porque dice que “se le olvida continuamente”.

Ya.

Pero lo que peor llevo es su presencia en sí. Hay algo en él que me pone nerviosa, y no sé lo que es.

No, ya no me cae tan mal. Estoy descubriendo cosas en él que no podía ni sospechar. Lo de los dibujos fue muy fuerte. Y se nota que es de verdad que estudia. Para algunas cosas, incluso usa el mismo sistema que yo, y un código de colores parecido. A veces, me sorprende a mí misma pensando que es muy agradable poder hablar de los estudios con alguien que se lo toma tan en serio como yo, para variar.

A Óscar le importa el instituto. Le importan sus notas, y se las trabaja de verdad. Como si le fuera la vida en ello.

Pero...

A veces se me queda mirando de una manera que me hace sentir incómoda. Y él no parece darse cuenta.

Como ahora mismo, por ejemplo. Él también ha levantado la vista de su cuaderno, y se me ha quedado mirando como abstraído. Como si no estuviera viendo solo a una vulgar compañera de clase, sino a una de las hadas que dibuja en sus cuadernos.

Parece hechizado. Y por mi alma que no sé por qué.

—¿Qué miras, Óscar? —pregunto, molesta.

—Tus manos. ¡Pobrecita! Son tan delicadas... Ven.

Suelta su propio bolígrafo sobre la mesa, se vuelve. Toma mis manos con cuidado, las

envuelve bien en las mangas, y luego las cubre totalmente con las suyas.

—Ah... ¿Qué estás haciendo? —murmuro.

—Calentarte.

—Pero...

—¿Te molesta?

—No. Pero se ve raro.

—Solo será un momento.

—Me da vergüenza.

—¿Vergüenza de mí?

—Sí. Es que... Eres un chico.

Se ríe, como si la observación le hubiera hecho mucha gracia.

—¡Lo sé, créeme! —exclama.

Me hace sonreír a mí también.

Siento que acaricia el dorso de mi mano suavemente con un pulgar por encima de la tela de la sudadera, y noto un escalofrío. Y es que... ¡Es agradable! Sus manos son cálidas, y más grandes que las mías. Pueden envolverlas casi por completo. Mis dedos van recuperando su temperatura normal, por primera vez en lo que a mí me parecen siglos.

Se ve raro, es verdad. Parece mi novio. Pero a la vez, es...

Bonito. Especial.

Como él.

Si cerrara los ojos ahora mismo y no pensara en cómo se nos verá desde fuera, podría quedarme así para siempre. Es la primera vez que un chico me toma las manos en las suyas, y es una sensación...

Bueno, no sé cómo será con otros chicos. Pero con Óscar es casi mágico.

Ojalá pudiera sacar las manos de las mangas para sentir las suyas, piel con piel.

¿Lo ves? ¿Cómo se me ocurren estas cosas? ¿Qué me haces, Óscar, que cuando estoy contigo pienso cosas raras?

—¿Mejor? —dice él—. A ver...

Indaga con cuidado en una de mis mangas. Encuentra mis dedos con los suyos.

—Sí, estoy mejor —contesto deprisa—. Gracias, Óscar. Creo que ya puedo...

Hago un débil intento por retirar la mano, pero él la tiene ahora entre las dos suyas, y examina las puntas de mis dedos con curiosidad.

—¡Qué bonitos son! —murmura—. ¿Sabes? Me fascinan tus manitas. Me recuerdan a las de mi madre.

Y se lleva la punta de uno de mis dedos a los labios para dejarle un tímido besito.

¡Oh, por favor! ¡Se pone guapísimo cuando besa! Con los ojos cerrados, las espesas pestañas rubias casi rozando sus mejillas... Y esa carita tan suave...

Sus labios son blandos, y están un poquito húmedos, y calientes, y...

¡Ay, me muero de ganas de besarlos!

Pero, ¿qué estoy pensando?

Óscar deja ir mi mano, y yo vuelvo a cubrirla con la manga, y aprieto las dos contra mi pecho. Tengo el corazón dando saltos ahí dentro como un loco. Y todavía siento esa leve humedad que me ha dejado su boca en la punta de mi dedo. Te prometo que no pienso volver a lavarme esa mano en mi vida.

—¿Tu... tu madre? —balbuceo.

—Sí. También tenía las manos pequeñas y bonitas, como las tuyas. Y también las tenía siempre

frías. O debía tenerlas. En casi todas las fotos sale con guantes —explica él, con la cabeza baja.

Ha vuelto a sentarse bien, con los codos sobre la mesa, y juega ansiosamente con su bolígrafo. Tiene manchas rojas en las mejillas.

—¿Tu madre ya no vive contigo?

—No. Murió cuando yo tenía seis años.

—¡Oh!... No lo sabía. Lo siento mucho, Óscar.

Él se encoje un poquito de hombros.

—¿Sabes? —murmuro—. Yo tampoco tengo madre.

Levanta la vista para mirarme, como sorprendido.

—¿Ah, no?

Niego.

—Se fue de casa cuando yo tenía seis años, y nunca volvió.

—Oh... ¡Qué mal! Lo siento, princesa.

Suelto una risita nerviosa.

—¿Por qué me llamas así?

Él no se ríe. Y sigue teniendo las mejillas muy rojas.

—Es lo que eres —dice, haciendo una leve inclinación de cabeza, como con respeto—. Una princesa hermosa y dulce.

Y vuelve la vista a su cuaderno, murmurando:

—Al menos, para mí.

Estoy perpleja. Me quedo mirándole con grandes ojos. A duras penas, consigo balbucear:

—No sabía que pensaras eso de mí.

Se encoje de hombros otra vez.

—No soy muy bueno con las chicas. Quiero impresionarte, pero no sé muy bien cómo hacerlo, y... Bueno, tú tampoco te dejas. Impresionar, digo.

—Po... ¿Por qué quieres impresionarme?

—Porque me gustas.

¿Qué?

Ha hablado tan bajito que apenas he oído su voz. Pero lo que he oído era de verdad, ¿no es cierto? Quiero decir, no estoy imaginando cosas...

—¿Te gusto? ¿Yo? —Me sale un hilito de voz, aguda como un pito.

¡Y es que no puedo creerlo! ¿Le gusto a Óscar? ¿De verdad? ¿Qué puede gustarle de mí a un niño dulce como él? ¿Estará intentando burlarse de mí, o algo?

Él asiente varias veces, sin mirarme, con la cabeza hundida entre los hombros. Parece avergonzado y miserable. Y yo otra vez me he quedado sin palabras.

¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¿Qué se supone que debe una decir en un momento como este?

—Ah... Ya sé que te caigo mal, aunque no sé por qué —murmura él—. No... No quiero que hagas nada. Solo te pediría por favor que no se lo digas a nadie. Me daría mucha vergüenza que César se riera de mí.

—¿César? ¡Oh, por supuesto que no lo sabrá nunca! —exclamo.

Óscar asiente.

—Gracias.

—Óscar...

—No, no. No hace falta que digas nada. En realidad, lo siento. No debería haber hablado. Ahora te doy lástima, ¿no es eso? Me siento patético.

—Eh, no me das lástima.

Pongo una mano sobre su brazo. Pero me doy cuenta de que la tengo todavía metida en la manga, y forcejeo para sacarla y poder sujetar su brazo con los dedos abiertos.

—Ni tampoco me caes mal —añado—. Al principio, sí, ¿vale? Pero era porque todavía no te conocía. Ahora...

—¿Sí?

Se queda mirando mi mano como si fuera ella quien estuviera hablándole. Trago saliva. ¿De verdad se lo voy a decir?

Sí. No es justo que se sienta patético, ni que se crea que me da pena, u otras cosas que no son. Ha sido valiente, me ha confesado algo muy privado suyo, y merece saber la verdad.

—Pues... Ahora tú también me gustas a mí —confieso—. Y eso me da miedo.

Él levanta la cabeza para mirarme. Sigue todo sonrojado, incluso sus labios están rojos. Esa preciosa boquita de chico...

—¿Miedo? —repite, como si no comprendiera—. ¿De qué?

Hago una mueca.

—La gente se va, Óscar. Todo el mundo se va. No debes encariñarte con alguien, porque en cuanto lo haces...

—Yo no —dice él, muy serio.

Cubre mi mano con la suya. La aprieta con cuidado contra su brazo.

—Yo no me iré, Alma —añade, mirándome a los ojos.

Y luego se inclina para besar el dorso de mi mano, apenas rozarlo con los labios, y concluye, más bajito:

—Nunca, princesa.

No sé qué decir. Noto la vista nublada, me cuesta verlo entre mis lágrimas. Aprieto los labios con fuerza. ¿Será verdad? ¿Será posible que haya alguien en el mundo...? ¿Será posible que este chico...?

Pero a la vez, esta revelación explica tantas cosas...

La ropa arreglada, la colonia, los deberes... Las miradas raras...

¡Oh, cielos, Alma!

Si no te andas con cuidado, vas a acabar siendo la novia de Óscar Saavedra.

A la mañana siguiente...

Le doy los últimos retoques al dibujo. Solo es una caricatura de un gato sonriente, de esos a estilo manga japonés, que les gustan a las chicas. Tiene un cartel en las zarpas delanteras, y he dibujado un corazón con bolígrafo rojo en todo el centro del cartel. Resalta mucho, porque el resto es en blanco y negro.

Es una cosa pequeña y cutre. ¿Le gustará a Alma?

Bueno, dice que le gusto yo, ¿no?

Sí. Y todavía no puedo creerlo.

Por eso quiero pasarle el dibujito, para ver su reacción. Si sigo cayéndole mal, desde luego que lo romperá...

Ahora que lo pienso. Espero que no lo haga. Me rompería yo también. Estoy flotando en una nube de ilusión desde ayer por la tarde. Una cosa como esa me hundiría en la miseria.

Suspiro, ansioso. ¿De verdad se lo voy a dar?

Sí. Si le gusto de verdad, le hará ilusión. Y quiero volver a ver sus ojitos brillar, como aquel día.

Levanto la cabeza. La profesora de matemáticas está resolviendo ecuaciones en la pizarra.

Alma está mirándola muy concentrada. Toda la clase está en silencio. Es la ocasión.

Doblo el papelito un par de veces, y me estiro a un lado, para salvar la distancia del estrecho pasillo que nos separa. Le doy un toquecito a Alma en un brazo con los dedos.

Ella se sobresalta un poco. Me mira. Le paso deprisa el papel y vuelvo a sentarme bien. Echo una ojeada alrededor. Parece que la jugada no le ha llamado la atención a nadie, menos mal. ¡Qué nervios!

Vuelvo a mirar a Alma. Está desdoblado el papelito con curiosidad. Lo abre del todo, le da la vuelta, y hace un pequeño gesto de sorpresa, antes de sonreírse tiernamente para sí.

Me mira, y su sonrisa se vuelve tímida y adorable. Tiene las mejillas color de rosa.

Murmura un “gracias”, dirigiéndome una mirada de complicidad. Asiento con la cabeza y sonrío yo también. Ella dobla de nuevo el papelito, y lo guarda en su estuche con cariño. Luego vuelve a centrar su atención en la pizarra.

Suspiro otra vez. ¡Es preciosa!

Lo ha guardado, así que eso quiere decir que le ha gustado, ¿verdad? No piensa que soy un ñoño por dibujarle estas cosas. Y mírala, sigue sonrojada. ¿Estará sintiendo lo mismo que yo?

A lo mejor, sí.

No sé, chico. A cualquier otro puede parecerle una cosa pequeña y absurda. Le regalas un monigote a una chica, y te da las gracias. Sí, muy bien, ya está. ¿Y qué?

Para mí ha sido un mundo.

Ahora tengo la prueba de que a lo mejor es verdad que le gusto. Y te prometo que me siento más macho y más feliz que nunca antes en mi vida.

No puedo esperar a que llegue la tarde para volver a estar solo con ella.

Capítulo 6

—Óscar, ¿has merendado ya? —pregunto, en cuanto nos instalamos en nuestro lugar habitual, al final de la sala de estudio.

—No —contesta él, sacando el libro de Bach de su mochila.

No sé cómo puede cargar todos los días con un libro tan gordo y pesado. Es un chico canijo, no se le ve muy fuerte que digamos. Y la gimnasia se le da igual de mal que a mí.

—Desde que estamos liados con el trabajo de música, no merendamos ninguno de los dos — comenta jovialmente—. A mí no me importa. Pero me da pena por ti. Claro, que te he dicho varias veces que cambiemos la hora. Pero tú no quieres.

—No. Si venimos más tarde, ¿a qué hora saldríamos de aquí? Es quedando a las cinco, y todos los días nos vamos a las tantas... Yo no sé tú, pero yo llego a casa a la hora de la cena.

Se ríe.

—Yo también.

La verdad, hoy he pasado toda la mañana muy nerviosa. Tenía miedo de que Óscar me dijera algo sobre lo de ayer. No me gusta tener que hablar de sentimientos, qué quieres que te diga. Es incómodo. Me hace sentir... No sé. Vulnerable.

De hecho, no sé lo que me pasó ayer, ni por qué me confesé de esa manera. Cuando llegué a casa, me sentía avergonzada. Me esfuerzo mucho por poner distancia con la gente, ¿vale? Me gusta ser la listilla, la sabihonda. Si los demás me toman por repelente, no tendré que hablar de cosas importantes. Y por “cosas importantes” me refiero a cosas íntimas como las que hablamos ayer. Cosas que son privadas, y que nadie debe saber.

Pero Óscar es tan dulce... Me hace sentir algo que pocas veces he sentido antes.

A salvo.

Aunque también es un chico, ¿no? Y los chicos hacen cosas raras cuando se enteran de que le gustan a una chica. Se crecen como pavos reales y van diciéndoselo a todo el mundo. Al menos, eso es lo que hacen los chicos que salen con Candy. Además de ir a buscarla a todas horas, como si necesitaran recordarle al resto de la clase que esa chica es suya y de nadie más. ¡Qué pesados! A mí eso me da agobio y asco. No soy una farola, para que venga un perrito cada dos por tres a marcar territorio.

Ya te digo, esta mañana me temí que Óscar haría eso mismo, y que estaría todo el rato dándome la lata, hasta conseguir que se enterase media Humanidad.

Pero no. No ha hecho nada de eso. Se ha comportado de modo normal. De hecho, llegó un momento en que me pregunté si lo de ayer ocurrió de verdad, porque la actitud de él era tan extraña...

Menos mal que el gatito con el corazón me disipó todas las dudas. Es totalmente adorable.

Todo lo fue. El dibujo, el gesto, Óscar con esa sonrisa tímida e ilusionada...

Ahora sonrío igual. Y con un algo de complicidad. Es como si estuviéramos compartiendo un secreto entre los dos. Algo grande que nadie más debe saber. Y a la vez, algo tan frágil que se rompería si alguien llegara a saberlo.

Es bonito.

¡Qué curioso! Nunca pensé que gustarte un chico de verdad fuera algo como esto.

—Pues hablando de eso, Óscar. —Decido retomar la conversación para dejar de pensar.

Él está hojeando el libro, buscando el lugar donde lo dejamos ayer. Levanta la cabeza.

—¿Sí?

Indago en mi mochila para sacar la pequeña fiambarrera. Noto que me late con fuerza el corazón. ¿Le gustará lo que he traído? Espero que sí.

—Mira. He hecho galletas. —Dejo la fiambarrera sobre la mesa, y la abro para que pueda ver el contenido—. Tienen una forma un poco rara, pero te prometo que están buenas. Llevan pepitas de chocolate.

Empujo el cacharro en su dirección, añadiendo:

—Te he traído unas poquitas para que las pruebes. ¿Quieres?

Se me queda mirando un instante con grandes ojos, y de pronto, exclama:

—¡Oh! Pero no hacía falta que te molestaras...

—No es molestia —contesto.

Y ya tengo el calor en la cara otra vez. ¡Con la rabia que me da sonrojarme!

—Cuando digo lo de la merienda, es por ti, mujer. No quería que...

—Bueno, ya están hechas. Habrá que comérselas, ¿no?

Ahora sonrío, travieso.

—¿Y por qué tengo que comer yo solo? No pretenderá esta princesa envenenar a su caballero, ¿verdad?

¡Hala, más calor en la cara! Le doy un empujoncito en un brazo.

—¡Tonto! ¡Las he traído para los dos!

—Ah, entonces, de acuerdo.

Toma una galleta, y la muerde, mirándome de través, travieso. Yo tomo otra para mí.

—¡Está buenísima! —exclama, con la boca llena—. No sabía que supieras cocinar.

Se termina la primera galleta en un momento, y se lanza de cabeza a por otra. Parece que de verdad le gustan. ¡Cuánto me alegro! Me sentía muy insegura, porque las pobres me han salido con una pinta rarísima. Parecen piedras.

Tomo pequeños bocados de la mía para que me dure más, y que él pueda seguir comiendo. Está muy canijo. Lo necesita más que yo.

—No me queda otra —explico—. Mi padre no hace nada en casa.

—¿No? —dice él, otra vez con la boca llena—. Entonces, ¿tú limpias, cocinas...?

Hace un gesto con la mano libre, como para indicar “todo lo demás”. Asiento.

—Yo lo hago todo.

—¡Caramba! ¡Y además estudias! ¡Y eres la número uno de la clase! ¿De dónde sacas el tiempo?

Bueno, era la número uno. Ahora compartimos el podio. Pero prefiero no decir nada sobre eso.

—De donde puedo. —Me encojo de hombros—. Cuando quieres algo, tienes que pelear para conseguirlo, ¿no crees?

—Ya, pero aún así... —Se queda como pensativo, masticando con aire ausente—. Mi padre paga a una señora, que limpia y nos prepara la comida una vez a la semana.

—¿Y solo coméis ese día?

Se ríe.

—¡Qué cosas tienes! Congela la comida, y cada noche sacamos del congelador lo que vamos a comer al día siguiente. Cuando llegamos a casa, solo hay que calentarlo, y listo.

—Ah, es un buen invento. A lo mejor, lo pruebo yo también. De ese modo, solo tendría que cocinar un día a la semana.

—Sí. —Se queda pensativo otra vez—. Las galletas están riquísimas, Alma. Pero no quiero

que las prepares más. Llevas demasiada carga. Necesitas descansar.

—Para mí no es molestia, Óscar.

—Ya lo sé, pero... —Hace una mueca—. No. Eres mi princesa, y no voy a consentirlo. Mañana me toca a mí invitarte a merendar. En una cafetería, como una señorita.

—Óscar, eso vale dinero. No quiero...

Me toma con cuidado una mano y la aprieta un poquito. Su piel es cálida y suave, y su voz muy dulce cuando contesta:

—No te preocupes. Yo tengo más dinero que tú. Es justo que te ayude.

Me acaricia el dorso de la mano con los dedos, apenas rozarlo, añadiendo:

—Me duele que lleves esta vida de Cenicienta, con lo que vales. Ahora ya no estás sola, princesita. Yo estoy contigo.

¡Ay, me ha emocionado otra vez! Tengo un nudo en la garganta, y no puedo hablar. Aprieto su mano en la mía para darle las gracias. Él sonríe, y me suelta para agarrar la fiambarrera y seguir comiendo.

Trago saliva. Me emociona que me diga estas cosas, porque sé que lo dice de corazón. Y me da tanta pena...

Óscar, solo eres un chico huérfano, delgado y descastado. Nadie te quiere, igual que a mí. Y sin embargo, aquí estás, intentando ayudarme. Haciéndote el hombre, el caballero andante que quiere rescatar a su princesa.

Estamos solos los dos, Óscar. Y el mundo es muy grande y cruel. ¿A quién vas a rescatar tú, pobrecito?

Pero mírate, lo intentas. Me haces sentir especial, acompañada. Me haces sentir que somos un nosotros, y que solo por eso, desde ahora todo va a ser diferente.

¿Cómo lo haces? Me rompes el corazón, y me das esperanza, todo a la vez. ¿Nunca te cansas de sorprenderme?

Y justo después de dártelas de hombre, pareces un niño otra vez, escarbando las dos galletas que quedan. Engulléndolas con delicia, y sonriéndome a la vez que masticas, con la boquita llena de migas.

¿Cómo me gustaría poder limpiártela a besitos!

Pero no. No me atrevo. Nunca he besado a un chico. Me da vergüenza.

Bajo la vista a mi propia galleta. Está a medio comer. Me siento miserable por pensar en besarle, mientras el pobre chico está comiendo tan tranquilo. Si es que...

—¡Estaban deliciosas, Alma! ¡Muchas gracias! —dice él.

Se pasa rudamente el dorso de la mano por la boca para limpiársela.

Suspiro. La oportunidad, si es que alguna vez la tuve, ha desaparecido para siempre.

—¿Todavía vas por ahí? —Me dice, señalando con la cabeza mi galleta, mientras cierra la fiambarrera—. ¿No tienes hambre?

Me meto deprisa la media galleta en la boca. Se acabó la merienda. Se acabó ponerme sentimental por hoy. Se acabó.

Estoy en una sala de estudio. Y tengo un trabajo por hacer.

Capítulo 7

Al día siguiente, por la mañana...

—¡Alma! ¿A que no lo adivinas? —exclama Candy con voz chillona, en cuanto se reúne conmigo delante de la puerta de la clase.

Antes de que pueda reaccionar, se me echa encima y me abraza como si le hubiera tocado la lotería.

¡Vaya por Dios! ¡Ya tiene novio otra vez!

—¡No me lo digas! —contesto—. ¿Otro novio? ¿Tan pronto?

Ella se aparta y me mira, extrañada.

—¿Cómo que pronto? ¡Hace ya un mes que dejé a Roberto!

—¡Tú lo has dicho! ¡Solo un mes! ¿Y ya tienes otro?

—¡Pues sí! ¿Qué pasa? ¿Tienes envidia?

No, la verdad. Tengo a Óscar delante de mí. Está apoyado justo en la pared de enfrente, y puedo verlo por encima del hombro de Candy. Me mira con una sonrisita cómplice, como ayer.

¿Envidia yo? ¡Ay, Candy! ¡Si tú supieras...!

—Eso quisieras tú —contesto, alzando la barbilla—. Pero no, no te envidio, Candy.

Ella se cruza de brazos, ceñuda.

—¿Vas a dejar que te cuente cómo le pedí salir a José ayer tarde, o no? Porque vamos, chica, vaya una manera de cortar el rollo...

—¿Qué quieres? ¡Solo me abrazas así cuando tienes un novio nuevo! ¡No sé qué tendrán los novios, que te ponen tan contenta!

La sonrisa de Óscar se hace más amplia. Baja la cabeza, y disimula una risita, haciendo como si tosiera dentro de su bufanda.

Está adorable. Si no fuera porque estamos rodeados de gente, en medio del pasillo, esperando al maestro a las ocho de la mañana, me iría a por él, y le daría un abrazo de esos intensos, sentidos...

Y le llenaría la carita de besos.

—¡Si dejaras de ser una sabihonda, lo sabrías! —exclama Candy.

¡Ah, vaya! Aún sigue aquí. Tiene los ojos azules echando rayos de ira, y ahora se ha puesto en jarras, como si de un momento a otro, fuera a mordirme en la cabeza.

—Bueno, ¿qué? —añade—. ¿Vas a dejarme hablar, por fin?

—Oh, por mí... Si lo que quieres es hablar, adelante.

Adelante, sí. Yo no te escucharé. No tengo interés. Total, siempre cuentas lo mismo...

—¡Menos mal! —Asiente ella, satisfecha.

Y en seguida se pone en modo cotorra.

—Pues resulta que fui a verle entrenar ayer por la tarde. Me costó lo mío averiguar a qué hora entrena, porque tuve que preguntarle a mi hermano, pero claro, sin despertar sospechas. No sabes lo que es tener un hermano mayor tras de ti, niña. ¡Ni te imaginas! ¡Y yo tengo tres! ¡La locura! El caso es que me presenté allí, y...

Justo en este momento, llega César con sus tres colegas. Pasan por detrás de la espalda de Candy para ir a apoyarse en la pared de enfrente, cerca de Óscar.

Tan cerca, de hecho, que César le da un empujón, gruñendo:

—¡Quítate de en medio, cerebrito! ¡Estás en mi sitio!

Siento que me pongo tensa. ¿Qué hace ese idiota? ¿Qué sitio ni sitio, si estamos en un pasillo? ¡Los pasillos son de todos! ¡Y Óscar estaba allí de antes!

Ya voy lanzada a gritarle cuatro cosas al imbécil de César, y no sería la primera vez, cuando veo que Óscar me mira muy fijamente, negando con la cabeza. Se quita de en medio en seguida, metiéndose entre los grupos de chicos, y lo pierdo de vista.

¿Por qué habrá hecho eso? ¿No quiere que le defienda? Yo no tengo problema. A esos matones hay que ponerlos en su sitio, y punto. Si no lo haces, te comen por sopas.

Me muerdo los labios. ¡Qué rabia! Con lo agradable que era tenerlo frente a mí, y cambiar con él miradas de complicidad, y poder verle y admirarle...

Ahora tengo la cara de César, redonda como una torta, y su estúpida sonrisita de autosuficiencia. Se cree muy hombre, por haber empujado a un chico más bajito y más débil que él. A lo mejor se cree superior, por haber echado al más listo de la clase. ¡Qué imbécil! De buena gana, le haría fosfatina con la vista.

Como no puedo, prefiero mirar a mi amiga otra vez. No parece haberse dado cuenta de nada.

—Así que ya ves. —Está diciendo—. Al final, he tenido que pedirle salir yo a él. ¡Pero está colado por mí, chica, te lo prometo! ¡Ya lo verás en el recreo!

Ay, Señor...

Suena el timbre por fin, y ya está el maestro abriendo la puerta del aula. Entro deprisa, y me voy directa a mi sitio. No veo el momento de poder hablar con Óscar.

El maestro está explicando biología, la membrana de fosfolípidos de la célula. Está de pie, con el libro en la mano, describiendo uno de los dibujos a todo color de una de sus páginas. La clase está en silencio. Cada alumno tiene la vista fija en su propio libro. El maestro ha dicho que esto será pregunta de examen, y nadie quiere perderse ni una coma.

De pronto, veo aparecer un papelito doblado en el borde de la mesa. Levanto la cabeza. Pero Alma ya ha retirado la mano, y está mirando a su propio libro otra vez.

Abro el mensaje con curiosidad. ¿Qué querrá decirme? Espero que no sea que he dejado de gustarle porque no tengo el valor de plantarle cara a César...

Solo hay dos palabras en el papelito, escritas con su letrita redondeada de niña.

“¿Estás bien?”

Escribo deprisa.

“Sí. No te preocupes”.

Doblo el mensaje, y lo dejo sobre su mesa.

Un instante más tarde, lo tengo de vuelta en la mía.

“Ese tío es un bruto. ¿Por qué no quisiste que le dijera algo? A mí no me importa. Te lo prometo”.

No estoy muy seguro de que este sea el momento ni el modo adecuado de tener esta conversación. Pero ella parece preocupada por mí, y quiero tranquilizarla.

“No merece la pena. Y no quiero que me defiendas. Prefiero ganarle a César sacando mejores notas que él”.

Le devuelvo el papelito. Ella empieza a escribir deprisa, con la carita fruncida en una mueca de enfado. Echo una ojeada alrededor. Ya he perdido el hilo de lo que iba explicando el maestro. Espero que no nos pille in fraganti...

En cuanto bajo la vista, me encuentro con otra nota sobre mi mesa.

“Eso me gusta. Pero quiero que sepas que a mí no me importa defenderte. Tú también lo harías por mí, ¿verdad?”

No estoy muy seguro. A ver, sí. La defendería de lo que fuera. Pero lo haría de otro modo. Por ejemplo, si César intentara agredirla, yo me la llevaría deprisa a otro sitio para ponerla a salvo. No me daría por pelearme con ese bruto.

La imagen mental es desagradable. Espero no tener que verme nunca en esas.

Escribo deprisa otra vez.

“Por supuesto, princesita. Pero no quiero que te pongas en peligro por mí”.

Le devuelvo el papel. Estoy empezando a ponerme nervioso. El maestro se ha vuelto hacia la pizarra, y empieza a escribir en ella. Los compañeros han levantado las cabezas para atender a la explicación. ¡Nos van a pillar!

Con el rabillo del ojo, veo un movimiento rápido a mi derecha. Me vuelvo. Pero Alma está mirando a la pizarra como los demás. Hay otra nota en el borde de mi mesa.

“Nadie se pondrá en peligro. Ese tío es un papanatas”.

Se me escapa una sonrisita. Pero debajo de eso, ella ha escrito:

“¿Quedamos esta tarde a las cinco, como todos los días?” Y una carita sonriente.

Contesto:

“Sí. Pero no en la biblioteca, sino en la cafetería “Las Rosas”, que está en la calle de atrás”.

Le devuelvo el papelito. Espero que sea el último. Seguro que los que están detrás de mí me han visto dejarlo sobre su mesa. Como se lo digan al maestro...

Alma escribe deprisa. La veo doblar otra nota. Ay, verás tú...

El maestro se vuelve. Dice:

—¿Se ha comprendido?

Por supuesto, le responde un silencio absoluto. Así que el hombre asiente, y añade:

—Muy bien. Podéis empezar a resolver las cuestiones de este tema.

Hay sonido de papeles y de estuches, mientras todo el mundo se dispone a empezar la tarea. El maestro se va a sentarse a su silla. Parece que nos hemos librado.

Bajo la vista a mi propio cuaderno con un suspiro de alivio, pero me sobresalto al ver un nuevo papelito al borde de la mesa.

Lo abro con curiosidad. Alma ha escrito:

“De acuerdo”. Y luego ha dibujado una carita sonriente, de esas de estilo anime, con los ojitos cerrados, y le ha puesto un bocadillo, como en los cómics, con un corazón dentro.

¡Qué linda es! Me derrito de ternura, de verdad.

Contesto deprisa:

“Yo te (dibujó un corazón) a ti también”.

Y le dejo el papelito sobre su mesa.

En esta ocasión, me quedo mirándola. Ella lo desdobla. Me mira y sonrío, esa sonrisa privada que solo me dirige a mí. Está preciosa, toda sonrojada otra vez. Y yo solo puedo pensar...

Pues que un día más, estoy deseando que llegue la tarde.

La cafetería “Las Rosas” se llama así porque las dueñas son tres amigas que se llaman Rosa. Es cafetería y confitería, y hacen unos dulces riquísimos. Sirven el café en tazas muy grandes, y puedes ponerte nata, si quieres.

Vaya, si Óscar se proponía conquistar a una glotona como yo, ha elegido el sitio ideal para ello.

Hemos escogido un rinconcito un poco apartado, en la parte del local destinada a cafetería.

Tenemos una pared detrás, y otra a un lado. Nosotros estamos sentados justo en el centro de la “L”. Yo me he puesto de espaldas a una de las paredes, y Óscar junto a mí, de espaldas a la otra. Así los dos podemos ver las demás mesas, y la cristalera que cierra la estancia. A través de los cristales medio empañados, se ve la calle y la luz mortecina de la tarde.

Hay un señor con bigote leyendo un periódico cerca de la puerta, y dos chicas mayores que nosotros, sentadas frente a frente, junto a la cristalera, totalmente absortas en su conversación. Las mesas y sillas son de madera oscura, pero son cómodas. ¡Y hace calorcito! Por una vez, no necesito tener las manos metidas en las mangas para calentarlas. Se agradece un montón.

Ya estamos terminando de merendar. Me he zampado un dulce enorme de chocolate, estoy engullendo la última cucharada. Óscar se ha comido otro igual. Estamos hablando del instituto, de César, de Candy... De las cosas nuestras de cada día.

Es muy agradable estar aquí, sentada en un lugar bonito, junto a un chico guapo, y comiendo cosas ricas. Bonus de genial porque además es el chico que me gusta, y yo también le gusto a él.

Es perfecto. Una tarde perfecta.

—Me gustó mucho la conversación que tuvimos esta mañana con papelitos —comento, tomando un sorbo de mi taza.

—Si te digo la verdad, yo lo pasé un poco mal —dice Óscar, con una mueca—. Estuve todo el rato temiendo que nos descubriera el maestro.

—¿Juan? ¿El de biología? ¡Qué va!

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque tiene fama de que en su clase la gente puede pasarse papelitos sin problema. Lo tuve en biología también el año pasado. Y créeme, sus clases eran una feria. Pero nunca dijo nada.

—¿Ah, no? ¿Y eso cómo puede ser?

Me encojo de hombros.

—Se da cuenta, eso seguro. Lo ve todo. Pero yo creo que elige ignorarlo. Él solo quiere que la clase esté en silencio. Con tal de que no armemos jaleo, podemos escribirnos en papelitos todo lo que queramos.

Se ríe. Y de pronto, se me queda mirando con una sonrisita tierna.

—Pareces un gatito —dice.

Y se lame el labio superior, haciéndome un gesto con la cabeza, juguetón, como pidiéndome que le imite.

Ah, debe ser por la nata del café. Me lamo yo también, y pregunto:

—¿Mejor?

—Sí. Está preciosa, mi princesita.

Me siento enrojecer hasta las orejas. Si mi cara sigue con esta manía de ponerse colorada con cada cosa que me diga este chico, va a terminar por quedarse así de modo permanente.

—Me gusta que me digas eso —murmuro, avergonzada.

—¿El qué? ¿Qué eres preciosa? ¿O que eres una preciosa princesita?

Me hace reír.

—Que soy tu princesa —contesto.

Él sonrío un poco más, sin dejar de mirarme, como si le hubiera dado mucha ternura.

—Entonces te llamaré siempre así —dice.

Y de pronto, toma una servilleta y añade:

—Ah, espera. Tienes chocolate en...

Alarga la mano con la servilleta, como dispuesto a limpiarme. Pero de pronto, parece pensarlo mejor. Se detiene, con la servilleta en el aire, y se me queda mirando la boca, muy serio ahora.

—¿Dónde? —pregunto—. Soy un desastre... Dime, para que me limpie.

—Aquí. Solo es una gotita. Espera, yo lo haré.

Se mueve para acercarse más. Pasa un brazo por detrás de mi silla para apoyar la mano en ella.

Ahora tengo su cara junto a la mía, mirándome como si en todo el mundo no hubiera nada más. Puedo sentir el aroma de su colonia, y el calor de su respiración. Parece entrecortada, como ansiosa. ¿Estará pensando hacer...? ¿Lo que yo creo que está pensando?

Entorna los ojos. Se inclina a un lado y se estira un poquito más.

Su boca aterriza en mi mejilla, junto a una de mis comisuras, abierta, húmeda y suave. Me besa tan despacio y con tanto cuidado como si yo estuviera hecha de cristal.

Me quedo paralizada de la impresión. A ver, pensé que lo haría... ¡Pero es que lo ha hecho! ¡Estoy sintiendo su preciosa boquita en mi piel! ¿No es maravilloso?

No. Porque me está besando la mejilla.

¡Sí, espera! Porque ahora se mueve. Se acerca más a la comisura...

Siento el roce de sus labios en los míos y su respiración en la nariz. Se queda así, piel con piel, pero sin presionar, sin hacer nada. Como pidiendo permiso, o esperando algo. O como si solo quisiera sentirme, no sé muy bien.

Alma, ayer te dieron ganas y no lo hiciste. ¡No dejes escapar esta ocasión!

Yo también quiero sentirle. Cierro los ojos para impregnarme de la sensación, de su tacto, su aroma, su sabor...

Muevo un poco la cabeza para frotar mi nariz contra la suya. Siento el roce suave y húmedo de sus labios en los míos. Me llaman de modo irresistible.

Los beso, también despacito y con cuidado. Son tan blandos... ¡Y no se apartan! Me devuelven la caricia. Me da un besito pequeño, yo le doy otro, me lo devuelve otra vez...

Necesito más. Esto es muy dulce, pero tan leve... Necesito sentirle. Necesito que sea real.

Alargo la mano y busco su cabeza a tientas para sujetarla. No quiero que le dé por apartarse justo ahora. Abro la boca, atrapo sus labios entre los dientes, y los muerdo con delicia.

¡Por fin! Mucho mejor. Nunca antes he hecho algo como esto, así que no muerdo fuerte, porque no quiero hacerle daño. Pero es que esa boquita pide a voces ser mordida. Llevo semanas, tal vez meses, deseando poder hacer esto. Y ahora que la tengo en la mía, chico, tú no te escapas.

Él no parece querer escaparse. Por el contrario, hace un ruidito parecido a un ronroneo, se libera suavemente de mi boca, aunque sin apartarse nunca del todo, inclina la cabeza al otro lado, y me muerde a su vez.

Es más decidido que yo, quién lo hubiera dicho. Pero es hombre, ¿no? Se le tendrá que notar. Y por cierto que al tacto sí se nota. La piel de alrededor de los labios es más áspera, y eso que a simple vista, no tiene barba. Entre ese suave roce, y el ansia con la que me muerde, no me cabe duda de que tengo una boca de chico en la mía. Sabe a chocolate. ¡Y esto es el Cielo!

Aprieto su cabeza contra mí con las dos manos. Quiero colaborar, necesito volver a besarle. Me aparto poco a poco de sus dientes, abro la boca...

Y me encuentro de lleno con la suya, que me perseguía buscando más.

Él hace otro ruidito de placer, y siento su mano libre en mi mejilla, apretándome contra sí. Me fundo con él en un beso abierto y ávido. Creo que ninguno de los dos sabemos muy bien lo que estamos haciendo. Pero da lo mismo. Yo hablo por mí. Esto es delicioso, y no quiero que se acabe nunca.

Aunque me falta el aire. Siento un calor tremendo en la cara, y otro muy distinto, mucho más al sur. Me dan escalofríos, y de verdad que necesito respirar.

Parece que él también, porque se aparta, suspira...

Antes de que yo pueda protestar por haberse apartado, me da otro besito en toda la boca. Y otro. Y otro más. Como si esa boquita necesitara respirar y seguir besándome a la vez, como si no quisiera separarse de mí.

Pero al fin parece que gana la necesidad de respirar, porque se aparta, dejo de sentirla...

—¡No te vayas! —cuchicheo, aferrándome a su nuca.

Él apoya su frente en la mía. Me deja un besito en la nariz.

—Estoy aquí —contesta.

Me acaricia la mejilla, me hace un mimito, nariz con nariz. Estamos los dos intentando respirar, pero no podemos separarnos. No del todo.

Los escalofríos no paran. Es tan dulce y delicioso, que casi siento ganas de llorar, de emoción y pura gratitud. En mi vida pensé que viviría algo como esto.

Le siento moverse. Se aparta. Escucho su silla a mi lado, y solo ahora caigo en la cuenta de que el pobre debía estar en postura incómoda, inclinado sobre mí. Le dejo ir a desgana. Abro los ojos.

Tengo su carita muy cerca, mirándome. Tiene las mejillas color grana, y los labios muy rojos y brillantes. También le brillan los ojos. Otra vez parece que está viendo la cosa más preciosa del mundo, pero ya no me hace sentir incómoda, al contrario. Me hace sentir especial. Nadie sabe lo ilusionada y agradecida que estoy por poder tenerle.

—Me... Me tienes loca. ¿Lo sabías? —balbuceo, con una risita nerviosa.

Él se ríe también, y me acaricia la cara como si yo fuera una criatura adorable y tierna.

—Tú también me tienes loco a mí —cuchichea.

Me acaricia los labios con el pulgar, con una mirada intensa que no le había visto nunca antes, y añade:

—Eres perfecta. Deliciosa y perfecta.

Casi parece que quisiera besarme otra vez. Pero en lugar de eso, retira la mano, se muerde los labios, y suspira profundamente. Baja la vista a su regazo, y se ocupa de sacudirse los tejanos con una mano, como si tuviera migas de pan o algo.

Echo una ojeada alrededor. Las otras personas siguen con lo suyo. No parece que nos hayan visto. O si lo han hecho, les ha dado lo mismo. Mejor así.

Ah... Es curioso.

No estoy segura, pero me parece ver que hay una figura detrás de la cristalera, espiando al interior. Parece un hombre. Es alto, y lleva un abrigo largo.

¿Conocerá a las chicas? Pero si parece estar mirándonos a nosotros...

—¡Qué extraño! —murmuro—. ¿Quién será?

Óscar levanta la cabeza.

—¿Quién?

—Ese hombre que hay fuera. Parece que nos está mirando, pero no le conozco.

Óscar se vuelve a la cristalera, y de pronto, se pone muy pálido.

—Yo sí le conozco —contesta. Y más bajito añade—: Lo que no sé es cómo ha averiguado que estábamos aquí...

—¿Qué quieres decir? ¿Quién es?

Óscar no aparta la vista del cristal. Parece como hipnotizado, blanco como una sábana.

—Es mi padre —dice, con voz ausente.

Me sobresalto, y se me escapa una pequeña exclamación. Miro a la ventana yo también. Pero la figura ya ha desaparecido.

Alma se ha quedado preocupada, y es natural. Ha sido ver a mi padre, y ponérseme el cuerpo

malo. Seguro que ha debido notarlo.

He intentado tranquilizarla como he podido, que no es mucho. Me sentía muy agobiado. No puedo contarle nada del plan que tengo en casa. Me da vergüenza. Pero a la vez, no podía quedarme allí ni un minuto más. Sería una agonía estar con ella, sabiendo lo que me espera en cuanto llegue a casa.

¡Pobrecita Alma! No merecía que la merienda acabara así. ¡Qué mala suerte, joder! Con la tarde tan maravillosa que estábamos pasando... Nuestra primera cita... Nuestro primer beso... Y todo a la mierda, por culpa de este tío. Nadie sabe las ganas que tengo de perderlo de vista para siempre.

Pero no puedo, así que es inútil desearlo. Solo podré largarme dentro de dos años, cuando cumpla los dieciocho. Y cuando tenga un trabajo, porque si no, ya me dirás tú...

Abro con resignación la puerta de casa. Me pregunto si gritará primero y pegará después, o si lo hará al revés. No importa cuánto intente prepararme, siempre consigue sorprenderme.

—¡Ah, aquí estás, maldito desagradecido! —grita, a la vez que me da un empujón que me hace perder el equilibrio.

Doy dos pasos a la derecha para no caer, y me agarro al marco de la puerta de la cocina.

Parece que gritará y pegará a la vez. Esto es nuevo. Está empezando a ser original y todo...

—¡Has sido muy descarado esta vez! ¡Te has llevado todo el dinero suelto de mi cartera! ¿Y para qué? ¿Para impresionar a una chica? ¿En eso andas? ¿Perdiendo el tiempo?

Mientras escupe palabras, sus malditas manos no se quedan quietas. Empuja, pega pescozones en la cabeza, bofetadas en la cara...

Trato de cubrirme la cabeza con los brazos. No quiero marcas en la cara, no, por favor. Pero la mochila pesa demasiado. Y el abrigo es un estorbo. No me dejan levantar los brazos.

—¡No consentiré que tires por la ventana todo lo que he trabajado contigo! ¿Oyes? —continúa —. ¡Robarle a tu padre! ¡Eso ha sido el colmo! ¿Y por una miserable chica? ¡Tienes tiempo de buscar chicas! ¡Cuando yo lo diga!

Hace muchos años que aprendí que todo lo que grita es para provocarme, y que si contesto, es peor para mí. Así que me pongo mi coraza emocional, como yo digo, y me preparo para aguantar el chaparrón como mejor pueda.

No voy a darle el placer de escuchar una respuesta. Y por supuesto, no voy a decir ni una sola palabra sobre Alma.

La protegeré a toda costa.

Con mi vida, si hace falta.

Capítulo 8

Al día siguiente...

Óscar no ha venido hoy a clase.

Al principio, pensé que podría haberse quedado dormido y venir más tarde. También es un ser humano, ¿no? Nadie está libre de faltar a primera hora. Pero ya ha pasado el recreo y sigue sin aparecer. No creo que venga.

Se siente rarísimo mirar a la izquierda, a la mesa del otro lado del pasillo, y verla vacía. Su ausencia me pesa como una losa en el corazón.

Nadie parece haberse dado cuenta de que ha faltado. Nadie ha preguntado por él, y no han hecho ningún comentario, ni alumnos ni profesores. Entiendo que es mejor esto, que alguna burla de esas que le gustan tanto a César, diciendo que el cerebritito no sabía que hoy no es festivo, o algo así... Pero a la vez, eso de que nadie note su falta es aún más doloroso. Una burla da rabia. La indiferencia desgarrar por dentro.

¿Es que Óscar no existe para ninguna de estas personas? ¿Nadie nota que no está? ¿Nadie lo echa de menos? ¿Nadie más lo ve? ¿Solo yo?

¡Qué dolor! Con lo que vale ese chico, por favor. ¡Y es totalmente transparente! Como si no existiera, vaya.

Candy me ha dado el día, hablando de su novio sin parar. Yo tengo que confesar que no la he oído. Me hacía sentir aún peor. Más de una vez, he estado a punto de gritarle que se callase, que yo también tengo novio, y no voy divulgándolo con un megáfono. No lo he hecho porque de algún modo intuyo que a Óscar no le gustaría que lo hiciera. Esto que hay entre nosotros es algo privado, íntimo, especial.

Además... ¿Óscar es mi novio?

Sí, nos besamos ayer por la tarde. Pero, ¿un chico es tu novio solo por el hecho de que nos gustemos y nos hayamos besado una vez?

No tengo ni idea. Y podría preguntarle a Candy, pero no me atrevo. Me da miedo delatarme sin querer, y contarle cosas que no debo. No quiero contarle nada de lo que he vivido con Óscar a nadie. No sin haberlo consultado antes con él. Me parece que es lo justo, ¿no?

¿Por qué habrá faltado? Ayer se fue precipitadamente, nada más ver a su padre en el cristal. Estaba muy pálido, y como asustado. ¿Tendrá que ver con eso? ¿Con la cita de ayer? ¿Con su padre? O peor aún... ¿Connmigo?

Cielos, espero que no.

Nuestro trabajo de música va muy adelantado. Ya solo nos falta escribir la conclusión. Eso podremos hacerlo en un rato. Si él regresa, claro...

¡Qué tontería! ¡Claro que va a regresar! ¡Mañana mismo!

No sé, chica. Esa silla vacía me hace sentir más sola que nunca antes en mi vida. Siento como si me faltara parte de mí. Y por primera vez, me pregunto... ¿Qué sería de mí si Óscar no volviera?

Solo con pensarlo, me dan ganas de llorar.

¿Lo ves, Óscar? ¿Ves como no se debe querer a nadie? Amar duele. Y para mí ya es demasiado tarde. Ya no puedo evitar amarte.

Ni sentir el dolor y el vacío de tu ausencia.

Al despertar, por un primer momento, no sé dónde estoy. Y es que no reconozco el sitio. Huele raro, como demasiado limpio, si es que eso es posible. Y la sábana es áspera y tiesa, y hay mucha luz. Esto no parece mi habitación.

Noto el cuerpo pesado. Como cuando has estado muy profundamente dormido y te cuesta volver al mundo. De hecho, no puedo abrir los ojos. Pero sí puedo oír una voz de mujer a mi lado.

—¡Pobrecito! Si lo hubiera sabido... Pensé que Gonzalo estaba siendo un buen padre para ti. Si hubiera imaginado esto...

Noto que una mano me acaricia el pelo con cuidado. La voz, el gesto, y las palabras hacen que se me ponga un nudo en la garganta.

¿Estaré muerto?

—¿Mamá? —balbuceo, con voz ronca y débil.

¡Me he muerto, cielos! ¡Mi padre me ha matado, y mi madre ha venido a recogerme!

La voz contesta:

—No, cariño. Soy tu tía Nieves. La hermana de mamá. ¿Te acuerdas de mí?

Estoy confuso. ¿La tía Nieves también ha muerto? ¿Por qué está en el Cielo conmigo? ¿Dónde está mamá?

Sacudo un poco la cabeza.

—¿Mamá!

La mano me acaricia el pelo otra vez, y la voz dice suavemente:

—Ya, ya, cariño. Poquito a poco. El médico me dijo que era normal que estuvieras un poco confuso al despertar. Ha sido un golpe muy fuerte.

¿Médico? Entonces, ¿no estoy muerto?

Intento abrir los ojos.

—¿Dónde estoy? —murmuro.

—En el hospital.

—Y... ¿Cómo es que estás tú aquí? ¿Dónde está mi padre?

La luz es muy brillante, y me molesta la vista en un primer momento. Parpadeo y me vuelvo hacia la voz.

Mi tía Nieves está sentada a mi lado, mirándome con aire inquieto. Tiene una expresión extraña. Como triste y...

Bueno, casi diría que arrepentida, aunque no sé por qué.

Me sorprende lo mayor que la veo. A ver, no es ninguna anciana. Pero ya tiene algunas arrugas alrededor de los párpados, y el pelo gris. La última vez que la vi, parecía una muchacha, a pesar de que solo es un año mayor que mamá. Claro que eso fue hace diez años, en el funeral. No he vuelto a verla desde entonces. Mi padre nunca consintió en ello. Decía que los dos necesitábamos olvidar, pasar página, y que la tía Nieves le recordaba demasiado a mamá.

En verdad, se parecen. Tienen un timbre de voz parecido, y las mismas manos. Con razón la he tomado por mamá.

—¿Cómo estás? —pregunta ella—. ¿Mejor?

—Sí. Pero...

Noto algo en una mano, y la levanto para mirarla. Hay un tubo de suero unido a una aguja en el dorso, sujeto todo ello con un gran vendaje. Parece que es verdad que estoy en el hospital.

—¿Qué ha pasado? —murmuro.

Mi tía hace una mueca.

—Óscar, siento que tengas que enterarte por mí.

—¿Enterarme de qué?

—Tu padre no puede estar contigo. Está detenido.

Me quedo sin palabras, mirándola con grandes ojos, y ella continúa:

—Tú estabas inconsciente, y buscaron algún familiar que pudiera cuidarte. Yo fui la primera opción. Todavía eres menor de edad, cariño. —Me acaricia el brazo—. Me llamaron, y vine en seguida. No iba a consentir que le dieran tu custodia al Estado, y que te vieras con gente desconocida.

Parpadeo, perplejo. Todo esto es tan irreal, que...

—Me estoy mareando —murmuro.

—¡Oh, cielos! ¡Es culpa mía! He sido muy brusca, ¿verdad? ¡Ay, lo siento! ¡No sabía cómo decírtelo! Le pregunté al doctor qué debía hacer, y me dijo que tenía que decirte la verdad... ¡Lo siento, hijo! Ay, ¿qué puedo hacer?

Mientras habla, me acaricia la cara, el brazo, y se retuerce las manos, consternada, como si no supiera qué hacer o decir.

Vuelvo la cara. Necesito respirar. ¡Me falta el aire!

Ella parece leerme el pensamiento, porque se pone en pie y empieza a abanicarme con un trozo de papel.

Suspiro profundamente unas cuantas veces. ¡La policía! Mi padre... ¿Detenido? ¡La custodia legal!... ¡Mi custodia!

Esto no me está pasando a mí. ¡Es imposible! ¡Lo estoy soñando todo, seguro! ¡Pero si mi padre... ¡ ¡Es maestro! ¡Es un señor respetable! ¿Cómo va a estar detenido? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Y de pronto, la luz se hace en mi mente.

Me vuelvo para mirar a mi tía otra vez, y le pregunto, con los labios secos:

—¿Qué me ha hecho?

Ella parece al borde del llanto. Ahora me está mirando desde arriba, y me acaricia la cara con una mano, mientras abanica débilmente con la otra.

—Ha estado a punto de matarte... A mi niño... Lo único que me queda de mi pobre hermana...

Me besa la frente, una caricia temblorosa y emocionada, y añade, tratando de sonreír:

—Pero el doctor dice que te pondrás bien. Pronto podrás volver a casa. Y crearemos un hogar nuevo, tú y yo. Todo va a ser diferente a partir de ahora, ya lo verás.

¿Eso qué significa? ¿Que he perdido a mi padre para siempre? ¿Y por qué noto un nudo en la garganta? Si nunca tuve padre, en realidad. Además, ¿no estaba deseando perderlo de vista?

Sí. ¡Pero no así!

Me siento pequeño y perdido, y más solo que nunca antes. Y la tía Nieves se parece tanto a mamá, sin ser ella, que...

No puedo evitarlo. Cierro los ojos y me echo a llorar.

Lloro y lloro como hacía diez años que no lo hacía.

Lloro como el niño huérfano que soy.

Lloro por la familia que nunca tuve... Y la que nunca tendré.

Lo he intentado, papá. Intenté tolerarte, aguantarte, sobrevivir, a ver si así cambiabas. Pero ha sido inútil. No pude cambiarte, o no has querido cambiar, no sé bien. Y ahora...

¿Qué va a ser de ti? ¿De mí? ¿De todos?

¿Por qué no he podido cambiarte? ¿Qué hay en mí que odias tanto? ¿Acabará por odiarme la tía Nieves también? ¿Y Alma? ¿Qué clase de vergüenza sentirá ella cuando se entere? El chico que

pretendía salvarla de su vida de Cenicienta es un flojucho, y acaba en el hospital porque no ha sido capaz de aguantar una simple paliza. Seguro que Alma me dice que no quiere volver a verme...

No quiero pensar más. No puedo. Duele.

Lo único que quiero es llorar.

Óscar tampoco ha venido hoy a clase. Empiezo a estar preocupada. ¿Le habrá ocurrido algo? ¿Estará enfermo?

Por más que pienso, no sé cómo podría averiguarlo. No sé dónde vive. Y no creo que preguntarle a algún maestro vaya a ser de mucha ayuda.

—¿A que no sabes qué? —dice Candy de pronto.

Es la hora del recreo. Estamos apoyadas en una pared del patio, tomando el sol. Mi amiga está devorando un paquete de pipas. Me ha ofrecido, pero no me apetecen. No tengo ganas de comer.

Suspiro. Otra vez irá a hablarme del novio nuevo. Y yo no tengo cabeza para esto, de verdad. Me pregunto cómo lo voy a hacer para sobrellevarla...

—¿Qué? —contesto con desgana.

—Un compañero de equipo de mi novio vive en la misma calle de Óscar Saavedra.

¿Cómo? Se me ponen las orejas bien alerta, y noto el corazón en la garganta. ¿Será posible que Candy me dé noticias de mi chico?

—¿Y...?

—Pues ayer, en el entrenamiento, nos contó que hubo un gran revuelo en su calle el otro día. Por lo visto, el viejo de Óscar le pegaba, ¿puedes creerlo? Dicen que esta vez fue algo tan tremendo, que el vecino de al lado llamó a la policía. ¡Imagínate! Hubo coches de policía, ambulancia... ¡Un buen jaleo!

—¡Dios mío! ¿Todo eso? ¿Y Óscar? ¿Cómo está? ¿Le ha pasado algo?

—Por lo visto, estaba inconsciente cuando llegó la policía, y se lo llevaron al hospital. El chico que te digo dice que se llevaron al padre detenido. Y que estuvieron preguntando por allí, a ver si Óscar tenía otra familia. No se sabe si habrán encontrado a alguien...

¡Oh, por favor! ¡Mi niño! ¡Inconsciente! ¡Ya decía yo que era muy raro que faltara dos días seguidos! Pero, ¿cómo me iba a imaginar...?

Sí, Óscar nunca quiere que quedemos en su casa, y yo eso lo comprendo. Yo tampoco quiero quedar en la mía. Pero de ahí a esto...

¡Con razón se puso tan preocupado cuando vio a su padre! ¡Ay, cielos, lo tuve delante y no me di ni cuenta! Si yo hubiera sabido que su padre le pegaba, no le habría dejado irse a casa. ¡Nos habríamos fugado los dos! ¡Cualquier cosa menos esto!

¡Oh, Óscar, pobrecito! ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Niña, ¿estás bien? Te estás poniendo blanca.

La voz de Candy me devuelve al mundo. Parpadeo.

—Sí, sí. Pero dime, Candy. ¿Se sabe algo de Óscar? ¿Sabes si sigue en el hospital?

—Por lo visto, sí. Por eso no habrá venido, ¿no? ¡Imagínate qué paliza le habrá dado ese tío! ¡Dicen que ha estado a punto de matarlo!

¡Oh, Dios, morir Óscar! ¡No!

Aprieto los puños. Suerte que el canalla de su padre está a buen recaudo, porque ahora mismo sería capaz de partirle la cara. Mi padre es un borracho, un aprovechado y un flojo. Pero al menos, no es tan cobarde como para pegarle a su hija. ¿Y ese tío se llama padre? ¿Y vino al instituto presumiendo de ser maestro? ¡Espero que vaya a la cárcel para siempre, hombre! ¡Que

Óscar no tenga que volver a verlo nunca más!

Ah, pero, ¿qué estoy pensando? ¡Si Óscar no tiene madre! ¿Qué va a ser de él, si también se queda sin padre?

Mi niño... ¿Cómo estará? No puedo esperar a que acaben las clases para ir al hospital. No tengo idea de dónde estará, pero dicen que preguntando se llega a Roma. Encontraré a Óscar. ¡Aunque tenga que ir preguntando por todo el edificio, habitación por habitación!

Podría irme ahora mismo, desde luego. Pero mejor no. Y no es por mí. Es por él.

Le conozco. Y sé que querrá pedirme los apuntes y los deberes en cuanto esté bien.

Porque se pondrá bien, ¿verdad?

Dios, por favor. Haz que se ponga bien.

Capítulo 9

La tía Nieves es viuda desde hace años, igual que mi padre. Nunca pudo tener hijos. Su marido murió cuando ella era muy joven, pero no ha querido volver a casarse.

Según me ha contado, trabaja por temporadas como camarera de piso en distintos hoteles, aunque ahora mismo está en paro. Vive de alquiler en la capital.

Ya es por la tarde. Después del lote de llorar, me quedé frito hasta el mediodía, que vino el médico a verme. Me ha dicho que intente comer algo, y que empezará a bajar las dosis de medicamentos. Él cree que podrían darme el alta en un par de días.

La tía Nieves se puso muy contenta cuando se enteró. Pero yo prefiero no pensar en eso. Si mi padre está detenido, no puedo volver a casa. ¿Y dónde iré? ¿Con mi tía?

Sí, la pobre es muy buena. Se pasa todo el rato pendiente de mí. Incluso me ha ayudado a comer, porque estoy todo dolorido y me temblaban las manos. Pero no sé... Ya te digo, la última vez que la vi, yo tenía seis años. Apenas tengo recuerdos de ella, se podría decir que es una desconocida. Y se parece tanto a mamá...

Mucho. Pero no es mamá. Y duele.

No quiero pensar en el futuro hasta que no me quede más remedio. El médico ha dicho que tengo que descansar, y es lo que pienso hacer hoy.

—De modo que estudias bachillerato —dice mi tía.

Se ha sentado a mi lado otra vez, y me da conversación, para que la tarde se me pase más deprisa, supongo.

—Sí —contesto, sin mucho interés.

—¿Ciencias o letras?

—Ciencias puras.

—¡Vaya! ¿Tenemos un científico en la familia?

Hago una mueca.

—Mi padre quiere que haga la carrera de matemáticas.

—¿Y tú? ¿Qué quieres estudiar tú?

—¿Yo? —Suelto una risita sin alegría—. ¿Qué importa lo que quiera yo?

—Hombre, importa mucho. Eres tú quien tiene que estudiar, ¿no?

Eso tiene lógica. Pero no sé por qué, me cuesta abrirme y contarle detalles de mis cosas. En realidad, desearía no tener que hablar.

—Pues... Me gustaría estudiar Bellas Artes. Algo que tenga que ver con el dibujo, o la música.

—¿Sí? ¿Te gusta dibujar?

—Mucho. Tengo una amiga que dice...

No. Mejor no le hablo de Alma. Nunca se sabe. Si es como mi padre, es capaz de usar todo lo que diga en contra mía.

—¿Sí? ¿Qué dice? —pregunta ella con interés.

Me encojo un poco de hombros.

—Nada. Que dibujo bien —miento sin más.

La tía sonríe, como si algo le hubiera dado mucha ternura.

—¿Tienes muchos amigos? —pregunta.

—No, no muchos.

—¿Y amigas?

—Ah... Tampoco muchas.

—¿Y entre esas poquitas hay alguna que sea...? ¿Especial?

Interrumpo mi absorta contemplación del techo para bajar la vista y mirar a mi tía con desconfianza.

—¿Y eso qué importa?

—Hijo, a mí me importa.

—¿Por qué?

—¡Porque soy tu tía! —exclama, con una risita.

Ya. No me convence. Aprieto los labios y vuelvo la vista a la ventana.

Agradezco todo lo que está haciendo por mí. Pero esta conversación empieza a parecer un interrogatorio, y no quiero.

La oigo suspirar.

—Hijo, hace diez años que no te veo. Me parece que es normal querer saber cosas de ti y de tu vida. Sobre todo, ahora que vamos a vivir juntos...

—Eso todavía no se sabe.

—Me temo que sí, Óscar.

—No. —La miro otra vez—. Mi padre sigue vivo. Y él...

—Tu padre está en la cárcel, acusado de agredir a su propio hijo. El único que puede decidir lo que pasará con él es el Juez. Y honestamente, aunque lo dejen libre, no creo que ningún Juez le permita volver a verte.

Me quedo mirando a mi tía muy serio. ¿Tan grave es la cosa? Entonces, ¿es de verdad?

—¿Tendré que ir a juicio? —murmuro.

—Todavía no lo sé. No he tenido tiempo de hablar con el abogado. Me gustaría ir mañana, si estás mejor.

—¿Tú eres ahora mi...?

—Tu tutora legal, hijo. De modo provisional, sí. Hasta que se celebre el juicio.

Suspiro. Parece que es de verdad.

Mi tía inclina la cabeza a un lado con curiosidad.

—¿Por qué no quieres hablar de la chica?

—¿Cómo sabes que hay una chica?

—Cuando llegué a tu casa, los vecinos estaban diciendo que la discusión fue por una chica. Se lo oyeron gritar a tu padre varias veces.

Vaya, que todo el barrio se ha enterado de eso también.

Bien pensado, casi sería mejorirme a vivir con la tía Nieves, sí. La vergüenza me aplastaría si tuviera que regresar a mi casa.

—Si no quieres contarme nada, lo respetaré, Óscar —continúa mi tía—. No te hago estas preguntas para ponerte incómodo. Es verdad que quiero conocerte. Has debido sentirte muy solo todos estos años...

—Eso ahora ya no tiene remedio, así que...

—Pero todo puede cambiar. Ya te lo dije esta mañana. Podemos formar una nueva familia. Pero yo no puedo hacer todo el trabajo sola, cariño.

Tomo aire profundamente.

—Necesito tiempo, ¿vale? Todo esto ha sido muy fuerte, todavía no lo tengo asumido.

—Está bien. Lo comprendo. Pero déjame decirte algo, solo para que lo sepas.

Me quedo mirándola, a la expectativa. ¿Qué más tengo que saber? ¿Qué otra cosa terrible me

espera, a ver?

Ella responde a mi muda interrogación con el mismo rostro serio y preocupado de antes.

—Tengo otro motivo para preguntarte por tus estudios y tus amigos. Ya te he dicho que todavía no he hablado con un abogado. Si nos aconsejan marcharnos, necesito saber qué plan hay.

—¿Marcharnos? ¿A dónde? ¿Por qué?

—Para protegerte, hijo. Ese hombre ha intentado matarte.

—¡Oh! ¿Quieres dejar de decir eso? ¡Mi padre lleva pegándome desde que puedo recordar!

—¿Y por el hecho de que lleve dieciséis años haciéndolo, ya significa que está bien que lo haga?

—¡No! ¡Claro que no! Solo digo que... Bueno, es normal que lo haga. Él es así, ¿vale?

—Óscar, no es normal que los padres peguen a los hijos.

—¿Cómo que no? ¡Todo el mundo lo hace!

—“Todo el mundo” es tu padre y cuatro locos como él.

—¡Mi padre no está loco! Sí, ayer se le fue la mano, lo admito. Nunca antes me había hecho perder el conocimiento. Pero seguramente, fue culpa mía. Debí haberme protegido mejor la cabeza, o yo qué sé. ¡Mi padre no es un asesino!

La tía Nieves se me queda mirando sin parpadear durante unos instantes. Al fin, toma aire lentamente y dice, en voz muy suave:

—Tienes razón, cariño. Todo esto ha sido muy fuerte, y... No he debido hablarte de abogados y cosas de mayores. Lo siento. Creo que los dos necesitamos un poco de tiempo para asentar las cosas. No sacaré más el tema. ¿Te parece?

Asiento. Vuelvo la vista a la ventana otra vez. No sé por qué, de repente siento ganas de llorar. Y de levantarme y de salir corriendo de aquí. Necesito aire, calle, ver cosas normales, la gente, los coches... Estas cuatro paredes me están asfixiando.

Me sobresaltan unos golpecitos en la puerta de la habitación. La escucho abrirse, y una voz pregunta:

—Perdón... ¿Óscar Saavedra?

La tía Nieves se pone en pie, y yo me vuelvo hacia la puerta. ¡No puede ser! ¡Esa voz...!

—Sí, está aquí —dice mi tía—. ¿Quién es?

Entra una chica, y da un par de pasos al interior, contestando tímidamente:

—Yo soy...

—¡Alma! —exclamo.

Y tengo que apretar los labios con fuerza para que no se me escape un sollozo.

¡Alma, mi niña! ¡Qué bonita está, con su abrigo, bufanda y guantes! Tiene la carita colorada por el frío, y trae el largo cabello suelto.

¡Y pensar que me daba vergüenza imaginar que ella se enterase de esto! No tengo ni idea de cómo lo habrá hecho, ni de cómo me ha encontrado, pero verla ha sido como ver entrar un ángel en la habitación.

Alma está aquí. Ahora seguro que todo saldrá bien.

Me siento muy pequeña y muy perdida en el hospital. Es enorme, y tiene tantos pasillos, que parece un laberinto.

La chica de información me ha indicado cual es la habitación de Óscar. No ha hecho preguntas, ni ha puesto ninguna pega. Mejor así.

La habitación es cuadrada, con una ventana al fondo. Tiene dos camas, pero solo está ocupada una de ellas, la que está más lejos.

La primera persona que veo es una mujer vestida de negro, con el pelo gris. Parece una anciana, pero si te fijas, se nota que no lo es. Tendrá más o menos la edad de mi padre. La ropa oscura no le sienta bien a su cara tan joven.

—¡Alma! —exclama el paciente.

¡Ah, es Óscar! Me parece que tiene un vendaje en la cabeza. Desde aquí no puedo distinguir nada más.

La mujer me miraba como extrañada. Al oírle hablar, se vuelve hacia él.

—¿Es amiga tuya, Óscar?

—Sí. Compañera de clase —contesta él.

Me tiende una mano, como para pedirme que me acerque, pero no me atrevo a moverme. Me intimida el sitio, y la mujer desconocida.

—¡Oh, estupendo! —exclama ella. Me mira con una sonrisa—. Encantada de conocerte, Alma. Yo soy Nieves, soy tía de Óscar. —Me hace un gesto con la mano—. ¡Pero pasa! ¡No te quedes en la puerta! ¡Pasa y ponte cómoda!

Doy unos pasos al interior de la habitación, apretando la caja que traigo entre las manos contra mi pecho.

—Gracias. No quería interrumpir...

—¡No interrumpes! Óscar necesitaba ver a alguien de su edad.

La mujer cambia de sitio la silla, para ponerla junto a la cabecera de la cama. Me acerco un poco más.

—¿Cómo estás, Óscar? —pregunto.

—Mejor. El médico ha dicho que pronto me dará el alta, ¿verdad, tía?

—Sí. —Ella da un golpecito sobre la silla, y me apremia amablemente—. ¡Ven, Alma! ¡Siéntate!

—No quiero dejarla a usted sin asiento.

—No te preocupes. Estaba pensando... ¿Te importaría hacerle compañía a Óscar durante un rato? Necesito ir al baño, comer algo, y hacer unas llamadas. No tardaré mucho. ¿Os importa?

—¡Desde luego que no! —exclamo—. Vaya usted tranquila a lo que tenga que hacer. Me quedaré con Óscar mientras.

—Sí, tía Nieves —dice Óscar—. Estaremos bien.

—De acuerdo entonces. —La mujer me aprieta cariñosamente un brazo—. ¡Gracias, hija! —Acaricia un pie de Óscar por encima de la sábana—. ¡Hasta ahora, cariño!

Se va deprisa, apenas tenemos tiempo de despedirla. Cierra con cuidado a su espalda.

En cuanto nos quedamos solos, Óscar me pregunta:

—¿Cómo te has enterado?

Me acerco a él hasta que estoy junto a la cama. Me encojo de hombros.

—Tus vecinos, que son muy chismosos.

—¡Y que lo digas! ¡Mira la que han liado! Mi padre en la cárcel, han hecho venir a mi tía para que cuide de mí... ¡Y yo mira dónde estoy!

Hace un gesto con una mano. Ahora que puedo verlo bien, me doy cuenta de que tiene un apósito en un brazo, un vendaje con un suero en la otra mano, y morados por todas partes. Uno de sus ojos, el que está debajo del vendaje que tiene en la frente, está de color púrpura, y tan hinchado, que apenas puede abrirlo.

¡Pobrecito! Parece que le ha arrollado un camión.

—¿No tienes nada roto? —pregunto, preocupada—. ¿De verdad?

—El médico dice que no.

Le miro a los ojos muy seria.

—Vi que se te cambió la cara, Óscar. Tú sabías que iba a ocurrir esto.

—¿Qué demonios? ¡No! ¡Yo no sabía que ese tío me iba a dar un golpe en la cabeza!

—Dicen que ha estado a punto de matarte. ¿Es verdad?

—¡Yo qué sé! —Hace otro gesto con las manos, frustrado—. ¡Yo solo sé que llegué a casa! Abrí la puerta, y... Cuando despierto... ¡Estoy aquí! ¡Y el mundo se ha vuelto del revés!

Continúa hablando, con la voz densa y los ojos húmedos, como luchando contra el llanto.

—¡Yo no quería que pasara nada de esto! ¡No quería que detuvieran a mi padre! ¡Ni quería volver a ver a la tía Nieves, porque ya ni me acordaba de que existía! ¡No quería que ella fuera mi tutora, ni tener que andar de abogados, ni...! ¡No quería que tuvieras que venir tú aquí, y verme así!... Debo estar... ¡Horrible!

Se pasa una mano por la nariz. Las lágrimas empiezan a caerle a toda prisa por la cara hacia sus orejas y su cuello. Pero él parece demasiado agitado como para darse cuenta. Sigue con su monólogo.

—¡Sí, le cogí dinero de la cartera! ¡Lo hice para invitarte a merendar, de acuerdo! Pero, ¿qué querías que hiciera, si no me da paga? ¿Yo qué sabía que se iba a dar cuenta? ¿Y cómo iba a suponer que iba a seguirme? ¡Yo solo quería...! —Un sollozo—. Gustarte... ¡Llevo meses buscándote...! Yo solo quería salir contigo... —Otro más fuerte—. ¡Yo no quería nada de esto! ¡Yo no merecía esto!

—No, claro que no, Óscar —murmuro, al borde de las lágrimas yo también—. No llores... —Le acaricio un brazo con cuidado—. No llores...

Se pasa otra vez la mano por la nariz, sollozando como si le doliera algo muy dentro.

—Lo siento —dice, en voz bajita y temblorosa—. Son los nervios... Yo no quería...

—No, ya lo sé. Shh...

Saco un paquete de pañuelos de un bolsillo de mi abrigo. Menos mal que siempre llevo. Le doy uno y tomo otro para mí. Lo veo borroso entre mis lágrimas mientras él se suena un par de veces. Sus manos también están temblando.

—Ha sido muy fuerte, Alma —dice al fin, tratando de respirar.

—Sí —contesto.

No sé qué decir, la verdad. Me seco la cara, y luego me ocupo de secar sus lágrimas una a una, porque él no parece darse ni cuenta de que tiene las mejillas empapadas.

Nunca antes he visto llorar a un chico. En realidad, ni siquiera sabía que pudieran hacerlo. Y yo no sé otros, pero Óscar... Entre los morados, los vendajes, lo pálido que está, y la llantera... Parece tan poquita cosa... Me destroza.

—¿Por qué nunca me dijiste que tu padre...? —murmuro.

—¿Me lo habrías dicho tú a mí? —dice él, mirándome de pronto a los ojos, como angustiado.

Lo pienso un momento. La verdad, no me lo había planteado.

—No —contesto muy bajito.

Él asiente. Baja la vista. Se queda mirando mis manos. Toma una con cuidado en la suya, y la besa, susurrando:

—Te he hecho llorar. Lo siento, princesita. Soy patético...

—No eres patético. —Le seco la última lágrima. Parece más sereno, menos mal. Espero que no vuelva a llorar—. Es que es verdad que ha sido todo muy fuerte.

—Sí.

Se queda mirando tristemente nuestras dos manos unidas. No dice nada más.

Por decir algo, y porque es la verdad, confieso:

—Te echo de menos en clase. El instituto no es lo mismo sin ti.

Me mira. Sonríe, un gesto tierno pero sin alegría, y contesta:

—Estoy deseando volver.

—Sí. —Sonrío yo también—. Para volver a pasarnos papelitos en la clase de biología, ¿verdad?

¡Ah, ahí está la sonrisa dulce y tímida que yo recordaba! ¡Qué alegría me da volver a verla!

—Y para acabar nuestro trabajo —contesta.

—Sí. Ya nos queda muy poquito. Y será el mejor de la clase, ¿verdad?

—¡Desde luego! —Se queda mirándome con sonrisa triste otra vez—. En verdad... Le estoy agradecido a Noelia por ese trabajo.

—Yo también. Y no por lo que he aprendido de Bach.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces...?

—Porque he aprendido a conocerte. Y no lo cambio por nada.

—Mi princesita...

Vuelve a besar el dorso de mi mano.

—Tienes que curarte pronto, Óscar. —Le apremio—. ¿Qué hace una princesa sin su príncipe?

Él suelta una risita irónica.

—¡Un príncipe! ¡Eso quisiera yo, cariño! —Se queda como pensativo, acariciando las puntas de mis dedos—. Eso quisiera...

Tiene una tristeza inmensa en los ojos. Me sobrecoge, me da miedo. ¿Le habrá pasado algo más que no me quiere contar? Es verdad que su mundo se ha dado la vuelta, pero... ¡Está tan raro...! Este no es mi Óscar.

Me suelto de su mano, y le acaricio el pelo con cuidado, la parte que está fuera del vendaje. Está áspero, y se le pega a la cabeza. Nada que ver con cómo lo vi hace dos días. Todo él parece una persona distinta. Parece... Roto.

—No estés tan triste, Óscar —murmuro—. Pronto estarás bien otra vez. Y volverás a clase. Todo será como antes.

Me mira. Esos ojos tan melancólicos se me clavan en el corazón.

—Mi tía dice que cuando salga, tendré que irme a vivir con ella a Sevilla. —Me dice.

—Bueno —contesto—. Hay autobuses.

—No sé si podré seguir yendo al mismo instituto.

Me encojo de hombros. Le acaricio una mejilla.

—Te echaré de menos. Pero hay autobuses —insisto.

Busca mi mano a tientas otra vez. La aprieta, sin dejar de mirarme a los ojos.

—No sé si podré vivir sin verte todos los días —murmura.

Apoyo la frente en la suya y cierro los ojos. Me están entrando ganas de llorar otra vez.

—Hay teléfono —cuchicheo—. Y... Ahora mismo, estoy aquí.

Busco su boquita a tientas. Le dejo un besito en los labios. Los suyos me siguen, atrapan los míos, y los muerden a la desesperada. Siento que una de sus manos se entierra en mi pelo para apretarme contra sí.

Pero de pronto, suelta un ruidito de dolor. Se aparta.

—¡Ay! —Se queja—. El suero... No llega...

Hace una mueca y me aparto de prisa para mirar su mano.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde te duele?

—La aguja del suero, que se me ha clavado al estirar el brazo.
—¿Qué hago? ¿Llamo a la enfermera?
—No, ya se me ha pasado. Nos ha cortado el rollo, princesita.
Sonríe, otra vez esa mirada cómplice y traviesa que tanto me gusta, y yo vuelvo a sentir el calor del sonrojo en la cara.
—Sí, pero no pasa nada —contesto—. Necesitas descansar.
—Necesito besarte.
—No. Que te da por mover la mano, y la aguja nos corta el rollo.
—¿Y si no muevo la mano?
—No sé...
—¿Un besito pequeño?
Froto mi nariz contra la suya.
—¿Cómo voy a decirte que no, si eres adorable?
—¿Con el vendaje y todo?
—M-m. Eres precioso.
Le doy otro besito en los labios. Él ronronea de placer.
—Tú sí que eres preciosa —murmura, buscándome para pedir otro.
Nos sobresaltan a los dos unos golpes en la puerta de la habitación. Me incorporo de un brinco, justo en el momento en el que entra la tía de Óscar.
—¡Ya estoy aquí, chicos! —dice—. ¿He tardado mucho?
—¡Oh, apenas nada! —contesto.
¿Cómo lo hace una para disimular, y que no se note que ha estado morreando a su sobrino?

Alma me ha traído una cajita de bombones. Dice que los ha hecho ella. Me los ha dado justo antes de irse, y yo los he metido deprisa debajo de la sábana. No quiero que mi tía los pruebe. No quiero que los vea siquiera. Alma es demasiado importante.

Aprovecho ahora que mi tía ha salido otra vez para echarles un vistazo. Aunque ya es de noche, y supongo que pronto traerán la cena. Pero este paquetito lo ha preparado Alma con esas lindas manitas que tiene. Necesito verlo.

La caja viene envuelta en papel de regalo. Lo acerco a mi nariz con curiosidad. Huele a ella. No sé si es su colonia, o el suavizante de su ropa, pero lo que sea huele a flores, o eso me parece a mí. Cierro los ojos, y respiro un instante para impregnarme de su aroma, antes de ponerme con la tarea.

El papel viene pegado a conciencia con cinta adhesiva. No me queda más remedio que romperlo para poder sacar la caja. Me frustró un poco, porque todavía me tiemblan los dedos, y el papel se empeña en enredarse con el cable del suero que tengo en la mano.

Al fin, consigo sacar una cajita de plástico. Es muy pequeña, roja, sin adornos ni marcas de ninguna clase. Me pregunto de dónde la habrá sacado. A saber si no ha reciclado una caja de maquillaje...

La abro con creciente curiosidad. No creo que quepan muchos bombones en una cosa tan pequeña.

Lo primero que veo es un papelito doblado. Lo saco para poder verlo bien. Dentro hay escrito con su letrita:

“Espero que te cures pronto. Les he puesto todo mi amor”.

Y debajo hay un dibujito de una princesa, a estilo anime, sonriendo con los ojos cerrados, y con un cartel en las manos donde hay un corazón rojo.

¡Oh, por favor! ¡Me derrito! Mi niña es la criatura más adorable del mundo. ¿Quién lo hubiera creído, de ese cerebritito obsesionado con la física y las matemáticas?

Aparto el papel, y lo dejo con cuidado sobre la cama. Quiero guardarlo, igual que he guardado todas las notas y mensajes que nos hemos escrito hasta ahora. ¿Quién sabe? A lo mejor algún día nos reímos juntos, cuando seamos mayores y se los enseñemos a nuestros nietos.

Miro los bombones. Se me escapa una risita. ¡Ay, madre mía! ¡Parecen cacas! Dentro de la caja hay como media docena de objetos de forma más o menos redondeada, de color marrón oscuro. Pero huelen a chocolate. ¡Y muy bien, además! Sin pensarlo, pruebo uno.

Ahora que caigo. A lo mejor, el médico me regaña por comer una cosa sin consultarlo. Pero no me importa. Espero que no le dé por entrar justo ahora. Que no entre nadie hasta que me los haya comido todos, por favor. ¡Están riquísimos!

Engullo otro. Están dulces, y saben a chocolate con leche. Desde luego, una cosa hay que reconocerle a Alma. No sé cómo serán otras comidas que prepara, pero en cuanto a dulces, todos los que hace tienen un aspecto horrible, y un sabor delicioso. Y el sabor es lo que cuenta, ¿no?

El sabor y el amor. Porque solo con saber que ha preparado esto pensando en mí, se me infla el corazón en el pecho. ¿Qué he hecho para merecerla? ¡Pobrecita! Con todo lo que tiene encima, y se dedica a prepararme cositas. Es maravillosa.

Me quedo mirando la nota con la mano vendada, mientras voy comiendo el resto con la otra.

¡Alma, estamos tan solos...!

Estamos a merced de lo que digan unos cuantos adultos desconocidos.

¿Qué va a ser de nosotros?

Capítulo 10

El médico ha pasado ya, y me ha dado el alta. Dice que puedo irme en cuanto regrese mi tía. Me ha explicado que las costras se caerán solas de aquí a una semana, y que me ponga una bolsa de hielo en el ojo tres veces al día hasta que se baje la inflamación.

Ya estoy vestido con mi ropa de siempre, mis tejanos, mi sudadera y mis deportivas. Estoy aquí de pie, con la espalda apoyada sobre la cama deshecha y los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a la puerta y aguardando.

La tía Nieves ha ido hoy a hablar con el abogado. Fue ayer por la mañana, pero no pudieron atenderla porque tenían mucha gente, así que le dijeron que volviera hoy.

Estoy muerto de nervios. Tengo la sensación de que mi futuro depende de lo que decida una persona que ni siquiera me ha visto la cara. No es agradable.

Sea lo que sea, espero que me dejen ir a clase mañana. Va a ser incómodo, porque todo el mundo me mirará el ojo morado, pero quiero ver a Alma. Además, se lo he prometido.

Ayer vino a verme otra vez. No pudimos quedarnos solos, y ella tampoco pudo quedarse mucho rato. Pero le contamos que quizás tendría hoy el alta, y que mañana podría volver. Le hizo mucha ilusión.

Mi niña es tan linda...

Ahora mismo, ella es lo único que tengo, la única persona en quien confío de verdad. La única por quien merece la pena curarse y hacer... Lo que sea.

Por ella haría lo que fuera.

Estoy en este punto de mis pensamientos, cuando llaman a la puerta, y antes de que pueda contestar, entra la tía Nieves. ¡Por fin!

Parece sorprenderse al verme, y exclama:

—¡Vaya! ¿Ya estás vestido? ¿Tienes el alta, entonces?

—Sí. Te estaba esperando.

Ella se acerca. Me acaricia el flequillo con cuidado para apartarlo del ojo hinchado.

—¿Qué te ha dicho el médico para este ojo? —pregunta.

Hago un gesto con la cabeza y devuelvo el flequillo a su lugar con una mano. Ojalá tuviera el pelo tan largo que pudiera cubrirme el ojo entero, demonios. Parezco un monstruo.

—Que me ponga hielo —contesto evasivamente—. ¿Qué ha dicho el abogado?

—Ahora hablaremos de eso. ¿Ya has recogido la mochila?

—Sí.

—¿Y tu abrigo?

—Ahí está.

Mariposea arriba y abajo, revisando el abrigo, y luego la mochila, como para comprobar que está todo. Pero a mí no me engaña. Es un teatro.

No me mira a la cara. Y esa expresión tan seria y preocupada no me gusta. Aquí pasa algo.

—Necesito hablarlo ahora —insisto.

—Óscar, no seas testarudo. Es mejor en casa.

—¿Por qué?

—Porque son cosas nuestras, y en casa es donde hay que hablarlas.

—No veo por qué. Ahora mismo estamos solos.

Ella chasquea la lengua.

—Óscar...

—No me moveré de aquí hasta que me lo cuentes.

Ahora suspira, impaciente.

—¿Por qué eres así? ¿Siempre lo pones todo así de difícil?

No contesto. Ella me mira un instante, y al fin se deja caer sobre la silla con otro suspiro, de resignación esta vez.

—No son buenas noticias —dice.

—Ya me lo imagino.

—El abogado dice que estos juicios suelen celebrarse relativamente rápido. Tal vez no tengamos que ir a declarar ni tú ni yo, aunque no lo sabe a ciencia cierta. Todavía no tiene papeles ni nada, solo ha dicho su opinión en base a lo que yo le he contado.

—Entiendo.

—He quedado con él en que se hará cargo del caso. Mañana le llevaré toda la documentación que tenemos.

—¿Qué va a pasar con mi padre?

—No lo sabe. —Niega con la cabeza para más énfasis—. Pero dice que lo mínimo que él pediría es una orden de alejamiento.

—¿Eso qué significa?

—Que no puede volver a acercarse a ti, Óscar.

—Vaya, que a lo mejor no va a la cárcel, pero tampoco podrá volver a casa.

—No, hijo. Eres tú quien no puede volver a tu casa.

—¿Cómo?

—En caso de orden de alejamiento, yo seguiría siendo tu tutora. Para protegerte.

Sacudo la cabeza.

—Espera un momento. Estamos diciendo que lo que puede pasarle a mi padre es...

—Como mínimo, una orden de alejamiento.

—Y como máximo, la cárcel.

—Eso es.

—¿Y qué pasa conmigo?

—En los dos casos, yo me quedaría con tu custodia legal.

—Vaya, que tengo que vivir contigo sí o sí.

—Hasta que cumplas dieciocho, sí. A partir de ahí, ya es cosa tuya.

—¿No hay ninguna posibilidad de volver a vivir con mi padre?

—El abogado cree que no, cariño.

Tomo aire profundamente. Bien, me mudo de casa, entonces. Creo que puedo sobrevivir a eso. Como dice Alma, hay autobuses...

—¿Cuál es la mala noticia? —pregunto.

Ella hace una mueca.

—He preguntado qué pasaría si tu padre tuviera una orden de alejamiento. ¿Podrías tú seguir viviendo en la misma provincia?

—¿Y...?

—El abogado dice que técnicamente, sí, pero es mejor que no.

—No comprendo.

—En su experiencia, los maltratadores se saltan las órdenes de alejamiento. Sobre todo, si están acostumbrados a pegarle a la víctima cuando quieren. La consideran de su propiedad.

—Pero, ¿qué...? Mi padre... ¿Un maltratador?

—Óscar, hijo, es su nombre.

—¡No! ¡Él es así! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Es tu padre, lo comprendo, pero... —Sacude la cabeza—. Cariño, yo solo digo lo que me han dicho.

—Ya. Me pregunto qué le habrás contado tú al abogado —contesto, con toda mi mala idea—. ¡Seguro que has puesto verde a mi padre!

—¡He contado lo que hay! —Se horroriza ella—. ¡Lo que ha pasado! ¡No puedo mentirle! ¡Él va a encargarse de defenderte en el juicio!

No contesto. Pero estoy empezando a ponerme nervioso. ¡Que no me quede en la misma provincia, dice el tipo! ¡Que mi padre es un maltratador! ¡Que yo soy una víctima! ¡Vamos, hombre! ¿Y qué más?

¿Lo ves? Debería haber ido yo con ella y decir las cosas claras. Pero ella no consintió. ¡Nadie sabe las ganas que tengo de cumplir los dieciocho!

—Total, que no puedo quedarme en Sevilla —gruño—. Entonces, ¿dónde, a ver? ¿Tengo que irme a vivir a Huelva de incógnito para que mi padre no me encuentre? ¡Es absurdo!

La tía Nieves se me queda mirando fijamente con la expresión extraña, intensa.

—¡No me digas! —exclamo—. ¿Lo has pensado? ¿En serio?

—No. No he pensado que nos vayamos a Huelva —contesta suavemente.

—¡Ah, menos mal! Porque vamos, sería el colmo. Como si no tuviera bastante con...

—Vamos a irnos a Londres, Óscar.

Me sobresalto.

—¿Qué? —grito—. ¡Vamos, por favor! ¡Venga ya! ¿En serio? ¿Londres? ¿No había un sitio más lejos?

—Lo siento, hijo. Está decidido.

—¿Cómo va a estar decidido sin consultarme? ¡Es de mi vida de lo que estamos hablando, tía Nieves!

—Precisamente por eso, cariño.

—¡Pero qué...! ¿No comprendes? Vale que quieras cambiarme de casa, de ciudad, de instituto... Pero, ¿de país? ¿Qué hay de mis amigos, de mi chica...?

—¿Alma es tu chica?

—¡Sí! ¿Vale? O... Bueno, está a punto de serlo...

—¡Ay, hijo! ¡Lo siento tanto...!

—¡No! ¡No lo sientes! ¡Tú lo ves muy fácil, pero no tienes idea...!

—¿La tienes tú?

—¿Qué?

—Idea. ¿La tienes tú? ¿Tienes idea de algo?

—¿Qué demonios de pregunta es esta?

—Óscar, la última vez que te vi, tenías seis años.

—¡Sí, ya! ¿Y qué?

—He pasado diez años intentando verte, pero tu padre no consintió.

—¿Y por eso le odias? ¿Por eso intentas jodernos la vida a los dos? ¿Tan rencorosa puedes llegar a ser?

Ella chasquea la lengua.

—¿Quieres bajar la voz? ¡Todo el hospital se está enterando de la conversación!

—¿Y a mí qué?

—¡A mí sí, Óscar! ¿Entiendes por qué quería hablar de esto en casa?

—Ya. ¡En tu casa! ¡En tu terreno! —Hago un gesto con la mano—. ¡A la mierda!

—¿No puedes hacer el esfuerzo de calmarte?

—¡No quiero!

—¿Sigues teniendo seis años, entonces?

No contesto. Aprieto los labios con fuerza. Su pudiera lanzar rayos por los ojos, habría echado abajo la pared de ahí enfrente. Noto la cara entera hervir de ira, y me duelen los puños de tanto apretarlos. La impotencia me corroe por dentro. Si por mí fuera, ahora mismo me iría por ahí, a tomar por culo.

Sí, pero... ¿Irme a dónde? ¿Quién va a contratar a un canijo de dieciséis años como yo? ¿Y dónde voy a vivir?

¡Qué injusto es todo, mierda!

—Mira, Óscar, sé que tal vez no soy la mejor tía del mundo —dice ella suavemente.

Hago una mueca. ¡Vaya, gracias por enunciar lo obvio!

—Sí, no he tenido hijos, y no sé cómo tratar a la gente joven —continúa—. Pero te prometo que solo quiero lo mejor para ti.

Ya. ¡A otro con ese cuento!

No contesto. Que le den.

—¿Por qué no te pones en mi lugar? —insiste—. Ya me había hecho a la idea de que nunca volvería a verte. Y un buen día, me llama la policía, me dicen que tu padre ha estado a punto de matarte...

¡Otra vez! ¡Qué manía con el drama! Hago un gesto de hastío, alzando los ojos al techo, pero ella prosigue como si tal cosa.

—Y de repente, me encuentro con que estás a mi cargo. Y no te conozco, ni...

—¡Soy una carga! ¿No es eso? ¡Pues no lo hagas, tía Nieves! ¡No me recojas! ¿Qué quieres que te diga? ¡Sigue viviendo tu vida, y olvídate de mí! ¡Hala, te doy permiso!

—¿Sí? ¿Te gustaría? Suponiendo que se pudiera, ¿preferirías que el Estado se ocupara de ti? ¿Preferirías vivir en un centro para menores, o en un hogar de acogida?

—¡Lo que yo quiera no importa! ¿No es cierto? ¡Nunca importa!

—A mí me importa.

—¡Mentira! ¡Si te importara, no estarías planeando llevarme a Londres!

—¿No lo entiendes? ¡Lo hago para protegerte!

—¡Anda ya!

—¿Crees que para mí es agradable deshacer mi vida aquí y montarla en otro sitio, teniendo que mantener a un muchacho?

—¡Lo que te pasa es que odias a mi padre! ¡Reconócelo!

—¿No te oyes hablar? ¿No te das cuenta de lo que te ha hecho? ¡Le defiendes sin parar, Óscar! ¡Al tío que casi te mata!

—¡Si dices eso una sola vez más, te juro que...!

—¡No! ¡Yo te prometo una cosa a ti! —exclama ella de pronto, en voz más alta que la mía.

Se pone en pie, y me habla muy seria, advirtiéndome con un índice.

—Te prometo que te voy a dar un hogar donde no va a haber ni un grito, ni un cachete, ni por tu parte, ni por la mía. Te prometo darte respeto. Te prometo darte los estudios que tú elijas, no los que yo quiera. Y si ahora no lo tienes claro, esperaré a que lo tengas. Te prometo trabajar lo que haga falta para pagarte la ropa, la comida, los estudios... Te prometo que te llevaré a un psicólogo para que arregle el daño que te ha hecho ese tío, y vuelvas a ser el niño que fuiste. Te prometo que

haré todo lo que esté en mi mano para que te sientas querido, y que llegues a ser el hombre que venías destinado a ser.

Toma aire profundamente y concluye:

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

¿Yo? Llorar, maldita sea. Llorar otra vez, como el niño que soy. Toda mi mala leche se deshace en lágrimas. No me habían dicho algo como esto en toda mi vida.

—Por... ¿Por qué Londres? —murmuro, entre sollozos, con la cara entre las manos.

—Porque conozco a los dueños de dos hoteles donde podría trabajar —dice ella, hablando de nuevo con voz suave—. Estuve viviendo allí... Hace tiempo. No contaba con tener que volver, pero si hay que hacerlo...

—¿Por qué? —balbuceo—. ¿Por qué haces todo esto?

—Mi niño, ¿todavía no te has dado cuenta?

Me abraza, aunque es más bajita que yo. Siento que me acaricia el pelo, y me dice, apoyando su cabeza en la mía, en mis manos:

—Lo hago porque te quiero.

Y ahí me derritió. Lo único que puedo hacer es abrazarla yo también y llorar como un bebé.

¡Qué vergüenza! Llevo tres días llorando a cada momento. ¿Cuándo he sido yo así? ¡Nunca! Pero es que todo me sobrepasa, y no puedo...

No lo abarco. Sencillamente, no sé cómo abarcarlo.

¡Londres, Óscar! La tía Nieves parece decidida a pagarme lo que yo quiera estudiar. Tal vez podría ir a Bellas Artes, o al conservatorio...

¡Londres! ¡Inglaterra, por favor!

¿Cómo voy a decirle esto a Alma?

No puedo. No tengo valor. ¡Me rompería! ¡Dios mío, si me duele solo con pensarlo...!

No puedo, de ninguna manera. No soy capaz de hablar con Alma.

Capítulo 11

Una semana más tarde...

Óscar sigue sin venir a clase. Estoy preocupada.

La última vez que le vi, me dijeron que ya les habían anunciado que le darían el alta al día siguiente. Óscar prometió que vendría a clase de nuevo en cuanto estuviera en casa. Pero ya hace cinco días de eso...

¿Habrá ocurrido algo? ¿Estará peor?

He vuelto a ir al hospital. Pero en su cama había un señor mayor. Le acompañaba una mujer, también mayor. Los dos se me quedaron mirando con cara rara cuando entré, y lo único que se me ocurrió decir fue que me había equivocado de cuarto. Me disculpé y me fui deprisa.

Si Óscar ya no está en el hospital, ¿dónde está?

Recuerdo que me dijo que a lo mejor tenía que irse a vivir con su tía, a Sevilla. Y entiendo que eso necesite una mudanza y demás. A lo mejor también tiene que cambiar de instituto. Pero, ¿va a irse sin despedirse ni nada? ¿No va a venir para avisarme?

Me sobresalta el timbre del recreo. Hay mucho ruido de mesas, sillas y voces riendo y charlando, mientras todo el mundo se levanta y se prepara para salir. Me voy fuera con los demás. Candy también va hablando, caminando con Rocío delante de mí, pero no le presto atención. No puedo.

—Hoy tampoco ha venido —murmura una voz a mi lado, cuando ya estamos en el pasillo—. ¿Por eso estás tan preocupada?

Me vuelvo. Es Diana. Se ha puesto a mi lado sin que yo me diera cuenta, y me está mirando, muy seria y grave.

—¿De qué hablas? —pregunto.

—De Óscar. Lleva una semana sin venir a clase.

—¿Lo has notado? —Me asombro—. ¡Menos mal! Creía que el pobre no le importaba a nadie.

—Hombre, no soy amiga suya —dice ella—. Pero se nota que falta. Es una persona, ¿no? Además, falta el pique que teníais entre vosotros. Y tú no eres la misma. Estás más seria, y ya no contestas a las preguntas de los profesores. Antes eras la primera en levantar la mano.

¿También se ha dado cuenta de eso? ¡Madre mía, pues sí que es perspicaz! ¿Quién lo diría, de una niña tan callada, y que parece siempre en su mundo?

Aunque no sé de qué me sorprende. Se sienta detrás de nosotras, así que supongo que es natural que observe si hablo en clase o no.

—Sí, estoy inquieta —contesto—. Me dijo que vendría hace una semana.

—¿Y no puedes llamarle?

—No tengo su número de teléfono.

—Chicas —interviene Candy—. ¿Queréis golosinas?

Diana y yo negamos con un gesto. Candy se encoje de hombros, y abre un paquete de gomitas, diciendo:

—¿Por qué no nos vamos allí al sol?

Señala con la cabeza la pared de un lateral del edificio.

—Está bien —dice Diana—. Así podremos entrar en calor.

—¡Y ponernos un poco morenas! —exclama Candy—. Aunque no creo que se nos pegue mucho el sol. ¡Está tan débil...!

—¿Qué quieres? Estamos en enero —contesto.

Buscamos el lugar más despejado y nos apoyamos las tres en la pared, mirando al sol como lagartijas. Candy empieza a hablar. Que si como es tan rubia, es muy difícil para ella ponerse morena, pero si insiste lo suficiente, lo consigue. Y entonces se pone muy guapa, o eso dice, porque se le ve la cara morena, y el pelo aún más rubio, y le sienta muy bien. Pero su trabajo le cuesta, que conste, porque para presumir hay que sufrir...

Diana le sigue la conversación, intercalando monosílabos de vez en cuando con voz suave. Yo no encuentro nada que decir.

Es un poco extraño que Diana esté con nosotras en el recreo. Normalmente, se va a buscar a chicas de otras clases, aunque no lo hace siempre. Tengo la sospecha de que en realidad, Diana no tiene un grupo de amigas definido, sino que pasa la hora del recreo donde puede y con quien puede. Me recuerda un poco a mí misma, al principio. Yo también estaba así, hasta que conocí a Candy y se pegó a mí. Por cierto, aún no sé por qué lo hizo...

Me pregunto si a Diana le molestará que le diga que se venga con nosotras. Candy estará de acuerdo, porque Diana nunca discute y le dice que sí a todo. Pero no sé si Diana será capaz de soportar a Candy todos los días...

A ver cuándo encuentro un hueco y hablo con ella a solas.

De momento, me entretengo en mirar los grupos de chicos desperdigados por el patio. La mayoría de la gente ha salido fuera, a pasear, o al quiosco de la esquina, a comprar algo de comer. Los que quedan aquí están acurrucados en sus abrigos, buscando el sol, igual que nosotras. El trasiego de gente que entra y sale por la verja de entrada es incesante.

¡Ah, espera!

Acabo de ver una figura que me parece familiar.

Me quedo mirándole, con el corazón latiendo con fuerza en mis oídos. ¿Es él? ¿O no? No estoy segura. Ha cruzado la verja con la cabeza baja...

Ahora llega al centro del patio, se incorpora, y echa un vistazo alrededor. Parece vernos, porque empieza a caminar directamente hacia nosotras.

Trae las manos en los bolsillos de un abrigo de paño. No trae mochila, ni carpeta ni nada. A medida que se acerca, puedo ver más detalles. Viene muy serio. Todavía tiene un ojo morado, aunque lo trae medio oculto por el flequillo.

Es él. Y viene a buscarme.

No lo pienso. Echo a correr a su encuentro.

Bueno, ya estoy aquí. Supongo que ya he hecho lo más difícil. Ahora solo me queda hablar con Alma.

¡Qué tonto soy! Esa es la parte más difícil.

Me ha costado lo mío decidirme. Y si te digo la verdad, solo lo he hecho por ella, porque la quiero. No sería justo irme sin darle una explicación.

Además, no voy a irme para siempre. Y le hice una promesa. Le prometí que yo nunca me iría, y pienso cumplirlo. No voy a irme, no del todo.

Alma es lo único que me importa en el mundo. Más que los estudios, más que mi tía, más que lo que pueda pasarme en el futuro. Ella me ha regalado los momentos más bonitos que he vivido jamás. Me ha hecho sentir querido, por primera vez desde que mi madre murió. No puedo dejarla. No quiero.

Mírala, ya me ha visto. Se le ha cambiado la cara. Estaba ahí, apoyada en la pared como una muñequita triste. Y de pronto, se le ha iluminado el rostro. La he visto sorprenderse primero, luego ilusionarse, y luego preocuparse, todo casi a la vez.

Y ya viene corriendo a mi encuentro. Ni siquiera les ha dicho nada a sus amigas. Para ella solo existo yo.

¡Cuánto la quiero, por favor!

Saco las manos de los bolsillos. Necesito abrazarla y llenarla de besos. Me da igual que estemos en el patio del instituto. Hoy puedo hacerlo, a partir de mañana ya no podré. Y todavía no sé cuándo volveré a verla...

No, no quiero pensar en eso. Alma está aquí, y yo tengo un plan. Estoy deseando contárselo.

Pero antes quiero darle un abrazo.

Ella llega frente a mí. Me mira a los ojos, inquieta, y murmura:

—Óscar...

No le doy tiempo a decir nada más. La rodeo con los brazos y la aprieto muy fuerte. La beso en la mejilla.

—Hola, princesita.

El abrazo es largo, sentido y sincero. En un primer momento, me pilla por sorpresa, pero en seguida le abrazo yo a él también. ¡Le he echado tanto de menos...! Huele a colonia otra vez. Ese aroma ahora me es tan familiar, que me da alivio sentirlo. Sé que está a mi lado solo por el olor, sin tener que abrir los ojos.

Siento que me deja un besito dulce en la mejilla y entierro la nariz en su cuello. La solapa de su abrigo es suave y cálida. Podría seguir aquí, abrazada a él, el resto de mi vida.

¡Pero estamos en el patio del instituto! ¿Por qué ha venido a esta hora? ¿Por qué no trae mochila? ¿Por qué tan serio?

Me aparto un poco para mirarle.

—¿Cómo estás?

—Ya estoy bien —contesta.

Es verdad que está mejor. Su pelo vuelve a ser brillante y sedoso, y han desaparecido los morados que tenía por la cara. El ojo ya no está hinchado, ni tampoco morado realmente, sino entre verde y amarillo. Parece que puede abrirlo otra vez. ¡Qué alivio!

Siento que toma mis manos entre las suyas. Son suaves y cálidas.

—Necesito hablar contigo en privado —dice—. ¿Puedes ahora?

—¡Claro que sí!

—Ah... ¿No vas a avisar a tus amigas?

¿Amigas? ¡Ah, cierto! Las pobres, me he ido sin decir nada. Me vuelvo y les doy una voz a las chicas.

—¡Chicas! ¡Vuelvo en seguida!

Diana hace un gesto con la mano y una mueca, como diciendo: “Sin problemas”. Candy se me queda mirando con grandes ojos y boca pequeña.

Ya tendré tiempo de hablar con ellas. Me vuelvo hacia Óscar.

—¡Vamos!

Nos cogemos de la mano y salimos del patio, a la calle. Mientras caminamos, pregunto a bocajarro:

—¿Qué te ha pasado? Me dijiste que volverías a clase en cuanto te dieran el alta. Fui a buscarte al hospital, pero ya no estabas. ¿Por qué no has venido?

—¿Has ido al hospital? —Se asombra.

—Sí. No viniste a clase, y me preocupé. Creí que te habías puesto peor.

—¡Oh, pobrecita! —Me acaricia la mano con cuidado—. Lo siento mucho, Alma. Sé que debería haber venido antes, pero no... No estaba en condiciones.

—¿Te pusiste peor, entonces?

—No, no. Es... —Se detiene, mira alrededor—. ¿Vamos al parquecito de allí enfrente? A ver si te da el sol. No quiero que te enfríes.

—Como quieras.

Hay un parque pequeño frente al instituto. Solo tiene algunos setos, cuatro o cinco árboles raquíticos y un par de bancos de hierro. Uno de ellos está ocupado con un grupo de chicos. Nos vamos al otro.

En cuanto estamos sentados, Óscar toma mis manos entre las suyas otra vez. Las acaricia, y las cubre con cuidado entre sus dedos, como si quisiera calentarlas. Yo no puedo apartar la vista de su cara. Está demasiado serio. Me da miedo. Parece como si se hubiera hecho mayor de repente.

—Cuéntame. —Le apremio.

Suspira, y mira a todos lados, como ansioso.

—Esto no es fácil para mí, Alma. No sé muy bien cómo voy a decírtelo.

—Vas a dejarme.

Ahora me mira, sorprendido. Y en seguida su expresión se vuelve decidida.

—No. No voy a dejarte —dice, muy lento y seguro—. Pero tengo que marcharme.

—A Sevilla. Con tu tía, sí. Me lo he imaginado.

—No voy a Sevilla.

—¿No?

—Me voy a Londres.

Me quedo mirándole con grandes ojos.

—¿Londres? —exclamo—. ¿Por qué?

—Por resumir, mi tía habló con el abogado que lleva el caso, y el tipo le recomendó que pusiera tierra por medio para protegerme. Temen que mi padre pueda intentar repetirlo si queda en libertad.

Hace una mueca y añade:

—¡Es absurdo! Yo creo que mi padre está muerto de miedo, y que no va a levantarle la mano a nadie más, nunca en su vida. Le conozco, ¿vale? Pero ellos no. Y no me creen. Y son adultos, así que me toca obedecer.

Me quedo en silencio, mirándole. No sé qué decir. Me he quedado totalmente planchada.

¡Londres! Allí no hay autobuses que valga, chica. Cuando se vaya, se habrá ido para siempre.

—¿Cuándo te vas? —murmuro.

—Mañana.

Retiro bruscamente las manos, las meto en las mangas de mi chaquetón, y me rodeo con los brazos. No quiero verle. Le vuelvo la cara.

—Alma, mujer...

—No sé para qué has venido —contesto, seca y cortante.

—He venido porque mereces una explicación.

—¿Qué importa lo que yo merezca? Te vas a ir de todas formas...

—Sí. Pero no para siempre.

—Ya.

—Alma, tengo un plan, ¿vale?

Hago un mohín. No me creo nada.

—Eh, te dije que no te abandonaré, y lo mantengo —insiste.

—¿Cómo? ¿Cómo lo vas a mantener, si te vas a Londres?

—Si me escucharas, te lo contaré.

Suelto un gruñido. Sigo mirando fijamente el arbusto que tengo ante mí.

—He estado hablando con mi tía. Sabe lo nuestro —explica él, con su voz suave y dulce.

—¿Qué es “lo nuestro”? —interrumpo con sorna.

—Que eres mi chica... Y que yo soy tu chico. O eso creo.

Esta respuesta no me la esperaba. Me vuelvo para mirarle, confusa.

—¿Lo soy?

Asiente muy seguro con la cabeza, sin romper el contacto visual. Se acerca un poquito más y me pregunta en la nariz:

—¿Y yo? ¿Lo soy?

Asiento con un gesto, bajando la vista a mi regazo.

—Pero si te vas a Londres...

—Bueno, a Londres no llegan los autobuses, es verdad —dice en voz más bajita. Me besa la frente—. Pero sí llega el correo. Y el teléfono.

Me encojo de hombros.

—No podremos estar escribiéndonos toda la vida.

—No. Pero creo que sí podremos durante dos años, hasta que cumplamos los dieciocho.

¡Ah! ¿Este era el plan?

Levanto la vista para mirarle otra vez, mientras él explica:

—Mi tía ya lo sabe, y dice que nos ayudará en lo que pueda. Le he contado que quiero trabajar, ganar dinero. Y así, cuando cumplamos los dieciocho, podré venir a por ti.

¡Oh! ¿En serio?

Me vuelvo hacia él otra vez, y ahora soy yo quien toma sus manos en las mías.

—Pero, ¿dónde vas a trabajar? —pregunto.

—Mi tía quiere hablar con gente que conoce allí. Lo primero será encontrar trabajo para ella. Cree que podrían contratarla casi en seguida en un hotel. Ella hablaría para que me contrataran a mí después.

—¿Y con dieciséis años ya puedes...?

—Sí.

—Pero... Tus estudios... Con lo bien que dibujas...

—Habrá tiempo para eso.

—Pero si tu tía quiere ayudarte. ¿Por qué no te dedicas a estudiar?

—Porque quiero ganar dinero, no quiero ser una carga para mi tía.

—Pero...

—Quiero poder alquilar un piso en cuanto cumpla los dieciocho. Quiero poder pagar dos billetes de avión. Quiero poder venir a por ti.

Ay, me emociona. Siento un nudo en la garganta. A duras penas, consigo murmurar:

—¿Por qué quieres...? ¿Venir a por mí?

Él me rodea con cuidado con los brazos. Se acerca mucho a mí, tanto que puedo sentir todo su cuerpo pegado al mío. Me besa en la frente otra vez y murmura:

—Porque te quiero, y quiero estar contigo siempre.

Meto la cabeza en el hueco de su hombro. Cierro los ojos. Hace mucho frío, pero aquí, acurrucada entre sus brazos, solo siento calor y ternura. No quiero que se vaya. No quiero

moverme de aquí.

—Yo también quiero estar contigo siempre —contesto.

—Entonces, ¿te parece bien mi plan?

—Sí. ¡Yo también trabajaré! No voy a consentir que tengas que pagarlo todo tú solo. Trabajaré y ahorraré para poder comprar mi billete en cuanto cumpla los dieciocho.

—Pero tú ya trabajas muchísimo, princesita. Trabajas en tu casa, y en el instituto, para sacar buenas notas.

Me encojo de hombros.

—¿Qué importan las notas, si no estás tú para poder superarte?

Suelta una risita. Apoya su cabeza en la mía.

—Te echaré de menos —confieso.

—Y yo a ti —dice, ya serio otra vez—. No sabes cuánto...

De pronto, se incorpora y se aparta suavemente.

—Eso me recuerda que necesito tu dirección y tu teléfono, princesa. Yo todavía no sé dónde viviré allí. En principio, vamos a un hotel, uno que conoce mi tía. En cuanto tenga una dirección definitiva, te escribiré y seguiremos en contacto, ¿vale?

Mientras habla, saca un papelito de un bolsillo y un bolígrafo.

—Tampoco sé si tendré teléfono —continúa—. Pero si tengo tu número, podré llamarte, aunque sea desde una cabina.

—Una cabina de esas inglesas, rojas y redondas —comento, con una sonrisita triste.

Él levanta la cabeza, suelta una risita.

—Sí. Una de esas.

Me deja un besito fugaz en los labios. Le sigo, pidiendo otro, y me lo da, un poquito más largo. Luego se aparta murmurando:

—Dame tu dirección, cariño. No quiero que se me olvide.

Le doy mis datos, y él se toma nota en seguida, con esa letrita pequeña y apretada que tiene. Comprueba que lo ha anotado bien, haciéndome revisarlo todo, y finalmente, guarda el papel y el bolígrafo en su abrigo otra vez.

Parece que es de verdad, chica. Se va. Y yo me voy a quedar tan vacía y sola...

Él parece que me lee el pensamiento, porque apenas ha guardado el papel, empieza a rebuscar en otro bolsillo, diciendo:

—Mira, princesita. Quiero darte un regalo, para que estés segura de que voy a volver.

—No hace falta que me regales nada.

—Pero es que quiero hacerlo.

—Pero...

—Quiero, princesita, ¿entiendes? Por favor...

Ay, ¿cómo resistirme a esto? Asiento.

—¿De qué se trata?

Saca un paquetito, y me lo da, explicando:

—Esto era de mi madre. Es de las pocas cosas que conservo de ella. Lo he mandado grabar para ti.

Viene envuelto en papel de regalo. Lo rasgo con dedos temblorosos, y me encuentro con una cajita pequeña, de esas de joyería. ¿Qué es esto?

—Ya no podré dibujarte más corazones, salvo en las cartas —dice él, con voz densa—. Así que por eso... Bueno, quería que lo tuvieras.

Abro la caja. Dentro hay un corazón de plata y una cadena. Parece muy simple, porque no tiene

adornos, salvo el borde grabado. Pero por detrás tiene escrito:

“Alma y Óscar. Enero 1985”.

¡Oh, por favor! ¡Me derrito! Me sobresalta un sollozo, y me llevo una mano a la nariz y a la boca para retener el llanto.

—¡Es precioso! —cuchicheo—. Muchas gracias.

Me sobrecoge pensar que me está regalando una joya que era de su madre. ¡Dios mío! Esto debe tener mucho valor para él. ¡Y lo ha mandado grabar para mí! Entonces... ¿Es de verdad que me quiere? ¿Es de verdad que va a volver?

¡Ah, pero ahora que caigo! ¡Yo no tengo ningún regalo para él!

Me paso la mano por las mejillas, pensando deprisa. No puede ser que se vaya a Londres y yo no tenga un regalo que darle. ¡No puede ser!

—¿De verdad te ha gustado? —pregunta él, sonándose en un pañuelo de papel.

—Sí. Ah... ¿Me ayudas a ponérmelo? Me tiemblan las manos.

—No hace falta que te lo pongas ahora.

—Sí. Quiero llevarlo siempre. Aquí.

Me llevo la mano al pecho, a la altura que caerá el colgante, más o menos. Él saca una sonrisa tierna y temblorosa y asiente.

—Está bien. Quítate la bufanda.

Pongo manos a la obra, mientras él saca el colgante de la cajita. De pronto, mis dedos tropiezan con algo en mi cuello, y se me ocurre una idea.

Hoy traigo un collar. Es de esos baratos, de cuentas. Se lo compré a un hippie en el centro. Me gusta porque es de colores, y porque es corto, queda en las clavículas. ¿Le gustará a él?

—Mira, Óscar, yo no tengo preparado ningún regalo para ti.

—Claro que no. Si no hace falta...

—Pero tengo esto. —Le muestro el collar—. Lo compré el verano pasado, y lo he llevado todo este curso. Desde octubre que te conocí.

—Lo sé. Te lo he visto siempre.

—Quiero que lo tengas tú.

—Pero...

—No, no. De verdad, por favor. —Me quito el collar deprisa y se lo pongo en las manos—. Guárdalo. Aunque no te lo pongas porque es de chica. Pero al menos, te recordará a mí...

Sonríe.

—No necesito que nada me recuerde a ti. Te llevo aquí. —Se lleva la mano al pecho, en el lado del corazón—. Me acuerdo de ti en todas partes. Pero yo también lo llevaré.

—¿Sí? Pero si es de chica...

—¿Quién ha dicho eso?

Levanta el collar para ponérselo, lo huele y saca una sonrisita dulce.

—Huele a ti.

—Sí. Debe llevar mi colonia.

—Razón de más para no quitármelo nunca —contesta.

Lo mete cariñosamente bajo el cuello del suéter, como para resguardarlo del frío. ¿Verdad que es adorable?

—¿Te das la vuelta, princesita? —Me dice.

El colgante de plata está frío cuando lo meto por debajo de la sudadera y roza la piel de mi pecho. Lo aprieto contra mí con una mano hasta calentarlo. Más le vale acostumbrarse rápido a estar aquí. Yo también pienso llevarlo siempre.

Óscar asegura el cierre, y luego coloca de nuevo mi melena en su sitio con cuidado. Antes de que pueda volverme, me rodea con los brazos desde atrás, apoya la barbilla en mi hombro, y aprieta su carita contra la mía.

—¿Te acordarás de mí? —murmura, besándome la mejilla.

—Siempre.

Me hace un mimito.

—¿Me escribirás? —pregunto.

—En cuanto pueda. Te lo prometo.

Suspiro. Cierro los ojos.

—¿Volverás? —susurro.

—Seguro —contesta él. Y la palabra me acaricia los labios.

Aprieto su nuca contra mí con una mano. Busco su boquita con la mía.

Óscar, cuando te vayas se me romperá el corazón. Pero, ¿sabes? Me has dado algo nuevo por lo que pelear.

Dos años es muchísimo tiempo, se me va a hacer eterno. Si solo has faltado una semana, y yo he estado como muerta en vida... ¿Cómo voy a vivir sin ti dos años?

Pero a la vez... Solo con saber que desde entonces estaremos siempre juntos...

Óscar, mi vida, no puedo esperar a cumplir los dieciocho.

Capítulo 12

Al día siguiente...

—Noelia, perdona. Si no te importa, me gustaría entregar ya el trabajo que teníamos que hacer sobre Bach.

La profesora de música se me queda mirando, sorprendida, y dice:

—¿Estás segura? Todavía tenéis quince días más para poder repasarlo.

Niego con la cabeza.

—Estoy segura. Óscar se ha ido. Y no voy a hacer nada más yo sola.

Ella parece caer en la cuenta de algo. Mira a la mesa vacía de Óscar y dice:

—Es verdad. Ha sido una pena que haya tenido que irse.

—Pero, un momento, Noelia —dice César, desde la fila de atrás—. ¿Decís que se ha ido? ¿Ido de irse del todo?

—Sí, se ha ido del todo —explica Noelia—. Por motivos familiares. Yo me he enterado esta mañana.

Se acerca a mi mesa, y recoge el trabajo, añadiendo:

—Está bien, Alma. Le echaré un vistazo, ¿vale? —Y le dice a los demás—: Tenéis el resto de la hora para terminar las actividades. Las corregiremos la semana que viene.

—¡Qué fuerte, tío! —Escucho a César decir, a media voz—. ¡El cerebritito se ha ido! ¡Y nosotros sin saber nada!

Noelia se vuelve hacia él.

—César, ¿no has oído? He dicho que hagáis las tareas.

Se hace el silencio. Siento el impulso de volverme hacia Óscar para cambiar una sonrisa cómplice con él. Menos mal que en el último momento, recuerdo que ya no está y consigo retenerme. No soporto ver su mesa vacía. Me dan ganas de llorar. Y ya llevo llorado bastante desde ayer...

—¿No vas a contarme lo que te ha pasado con ese chico? —Me cuchichea Candy, con la cabeza inclinada para que la maestra no la vea—. Ayer le abrazaste en medio del patio. Luego os fuisteis cogidos de la mano. Y regresaste para encerrarte en el baño a llorar hasta la hora de la salida.

—¿Cómo sabes que me encerré en el baño? —murmuro.

—Me lo dijo Diana. Vino, hizo tu mochila, y fue a llevártela. Dijo que no podías volver a clase ayer. Y hoy tienes los ojos como colchones, y no hablas, y... ¡Ayer faltaste las tres últimas horas, tía! ¿Cuándo has hecho tú eso? ¡Nunca! ¿De verdad pasaste tres horas llorando en el baño?

—¡Oh, claro que no! ¡Me fui a casa!

—¿Desde cuándo te vas a casa...?

Se interrumpe cuando Noelia dice en voz alta:

—¿Alma?

—¿Sí?

—El trabajo tiene buena pinta, pero está incompleto. Lo he estado mirando por encima, y le falta la conclusión. Solo habéis puesto el título.

Asiento.

—Lo sé. Está completo así.

—¿Por qué dices eso?

—Ese trabajo lo hemos hecho Óscar y yo. A él no le ha dado tiempo de escribir la conclusión conmigo.

—¿Y no quieres escribirla tú sola?

—No.

—Te recuerdo que tienes quince días para hacerlo.

—Gracias, Noelia, pero no. Puedes bajarme la nota, si quieres. No voy a añadir ni una coma a ese trabajo.

Tenemos a toda la clase pendiente de nosotras. Miran a Noelia y a mí, como si fueran espectadores en un partido de tenis. La profesora inclina la cabeza a un lado, y pregunta con curiosidad:

—¿Puedes explicarme por qué?

Tomo aire profundamente. ¡Qué marrón! Pensé que sería algo obvio, y que no tendría que explicarlo. Pero si se empeña...

—Si hiciera algo más con ese trabajo, dejaría de ser de Óscar y mío. Pasaría a ser solo mío. Y me parece desleal. Mi compañero ha puesto mucho empeño y mucho esfuerzo en ese trabajo, y en que lo hiciéramos en equipo. Creo que merece que veas eso, y que evalúes exactamente eso, y no... No lo que pueda añadir yo, para ponerlo bonito.

Se me viene a la memoria la imagen de Óscar, esperándome ante la puerta de la biblioteca, con la mochila a la espalda, cargada con el pesado libro de Bach. Con su ropa de domingo y oliendo a colonia, y la sonrisa más preciosa del mundo solo para mí.

Nunca me dijo lo que debía pesar ese libro. Nunca se quejó por tener que cargarlo todos los días.

Todas las tardes quedaba conmigo con toda la ilusión, y solo me dijo lo que sentía por mí cuando ya no le quedó otra. Claro que ahora yo agradezco que lo hiciera. De hecho, a veces me gustaría que lo hubiera hecho antes...

Otras veces, desearía que no lo hubiera hecho nunca.

De ese modo, nunca se habría sentido obligado a invitarme a merendar aquel día. Su padre no le habría pegado por mi culpa...

Y hoy estaría aquí, sentado en la mesa vacía, y poniéndome de los nervios, con sus notas mejores que las mías.

Pero no. Si Óscar nunca me hubiera dicho lo que siente por mí, yo tampoco me habría atrevido a contarle lo que siento yo. Y hoy no tendría su gatito con el corazón en el estuche, ni su colgante en mi pecho, ni el sabor de sus besos en mi piel.

No cambio lo que he vivido con él por nada en el mundo. Es solo que todo esto es muy injusto. Y que el dolor no se me va, por mucho que llore. Quiero ser fuerte, y confiar en que volveré a verle. Pero su ausencia me pesa como una losa, y las lágrimas se me caen solas cada dos por tres.

De hecho, ya tengo los ojos húmedos otra vez. Me cuesta mucho mantenerle la mirada a Noelia, y tengo que parpadear para aclararme la vista. La profesora se ha quedado mirándome unos instantes como sorprendida, y al fin, asiente.

—Ahora comprendo. Esa decisión te honra, Alma. Lo dejaremos tal como está, entonces, y lo puntuaré como trabajo de equipo.

Asiento yo también. No tengo nada más que decir.

A mi espalda, oigo a César murmurar:

—¿Alguien ha entendido algo de lo que ha dicho la listilla?

—Ni idea —contesta alguien.

—Es tan rarita como el chico que se ha ido —concluye César.

Podría contestar. Pero mejor no. Que le den. No me importa que me consideren rarita. Total, sé que nunca voy a ser amiga suya...

—Si quieres guardarte tus secretos, adelante —cuchichea Candy—. Pero vamos, no soy tonta. Sé que te ha pasado algo con ese chico.

Pues sí. Y algún día tal vez se lo cuente. Pero no hoy. En este momento, voy a ocuparme de mis deberes y nada más.

Ayer estuve hablando con Diana. Es verdad que me sorprendió en el baño, y que le pedí que me llevara la mochila, porque no me sentía capaz de regresar a clase después de haber despedido a Óscar.

Me contó que ella también quiere trabajar porque le urge salir de su casa. Por lo visto, le pasa un poco como a mí. Su madre sí vive con ella, pero las dos se pasan el tiempo cuidando de su abuela, que está encamada y enferma. Ni su padre ni sus hermanos quieren hacerse cargo, y Diana está harta. Además, dice que los estudios no se le dan bien, y está viendo el modo de aprender a buscar ofertas de empleo.

Por mi parte, el instituto y las notas ya no me interesan. Ahora lo que quiero es trabajar, ganar dinero y ser mayor. Necesitaré todo eso para poder recuperar a mi chico y mi vida dentro de dos años. Diana me dijo que cuando pase un tiempo, cuando me encuentre mejor, podríamos averiguar entre las dos cómo encontrar un trabajo. Me dio esperanza.

Óscar, volveremos a estar juntos. Aquí o en otra ciudad u otro país, donde sea. Sé que volveremos a vernos. Lo siento dentro. Esta injusticia no puede quedarse así para siempre.

Sevilla se ve muy pequeña desde la ventana del avión. Parece un pueblo ahí abajo, perdiéndose poco a poco en la distancia.

Me quedo mirándola hasta que desaparece por debajo de las nubes. Nunca tuve mucho afecto por la capital, así que no me da pena marcharme. Pero en uno de esos pueblecitos de las afueras está mi casa, y el cementerio donde está enterrada mamá.

Y está Alma.

¿Qué estará haciendo a esta hora? ¿Estudiando? ¿Limpiando? ¿Preparando la comida?

No, es por la mañana. Seguramente, estará en clase.

¿Pensará en mí?

Seguro que sí.

Me vuelvo para sentarme bien en mi asiento. Suspiro y cierro los ojos. Siento que la tía Nieves me aprieta un brazo con cuidado y pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí.

Noto que me aprieta un poco más antes de dejarme ir, como para darme ánimos, o como para decirme sin palabras que todo va a ir bien.

Suspiro otra vez, despacio y profundamente.

Por supuesto que todo va a ir bien. Tendremos una nueva vida en Londres, encontraremos trabajo y saldremos adelante.

Y dentro de dos años regresaré a por ti, Alma. No te quepa duda.

En cuanto a mi padre... Pues mira, que le vaya bien. Pero vamos, te digo una cosa. No le voy a perdonar que me haya destrozado la vida, ni que me haya separado de Alma.

¿Cómo serán los carteros en Londres? ¿Tendrán mucho trabajo? Espero que sean

comprensivos, porque a partir de ahora, van a volar muchas cartas para España.
Pero muchas...

Sobre la autora

Victoria Morrigan escribe novelas románticas contemporáneas. También le gusta escribir sobre amistad y vida familiar.

Sus favoritas son las escenas tiernas y dulces. Le gusta explorar las relaciones humanas, y ver cómo sus personajes van cambiando y creciendo a lo largo de la historia. Para ella, lo más importante son los personajes y las relaciones entre ellos. Ellos son los que determinan la trama.

Usa un lenguaje directo y sencillo, porque para ella lo importante no son las palabras, sino los sentimientos. La palabra es simplemente el medio en el mejor consigue plasmar las imágenes que desfilan por su mente.

Si quieres escribirle, puedes hacerlo a:

-Email: victoriamorrigan.libros@gmail.com

Otros libros de la misma autora:

-Su vida. Puedes encontrarlo [aquí](#).

-Secretos de mariposa. Puedes encontrarlo [aquí](#).

-Maraña de secretos. Puedes encontrarlo [aquí](#).